

Repertorio Americano

35

ctivo, mucho
ciosidad se
to en una

SÉMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX

San José, Costa Rica

1929

Sábado 20 de Julio

Núm. 3

SUMARIO

H. L. Mencken.....
Un Capítulo de Sismondi (y 2).....
Alas de piedra.....
Carta abierta a José Vasconcelos.....
Manuel Ugarte y José Vasconcelos.....
Para unos estudiantes de Derecho.....
El supremo bien de América.....
El poeta de la selva: José Eustasio Rivera.....

B. Sanín Cano.....
Julio Villoldo.....
Américo Lugo Romero.....
Manuel Ugarte.....
Carlos Deambrosio Martins.....
Enrique José Varona.....
Horacio Quiroga.....

Homenaje a Enrique de Mesa.....

Andrenio, E. Díez-Canedo y

Roberto Castrovido

Enrique de Mesa

Juan del Camino

Poesías.....

Estampas.....

Tablero (1929).....

La Edad de Oro:

Vicente Cochocho (y 3).....

Teresa de la Parra

CUANDO se dice «Estados Unidos» en alguna reunión de iletrados colombianos dos imágenes fundamentales surgen en la mente de los circunstantes: es la una, la más popular y menos imprecisa, la de una serie de edificios altísimos entre los cuales descuella uno levantado por Woolworth, individuo que llegó a la posesión de millones vendiendo artículos cuyo valor no excede de diez centavos. Estos pormenores de la biografía y la fortuna del buhonero millonario forman parte de las imágenes que suscita aquella designación de un pueblo en las inteligencias fáciles de complacer. Esa abreviatura de un gran país a pesar de su extrema concentración no es necesariamente falsa. Hay otros conceptos generales relativos a la misma entidad política más apartados de la verdad. Pero entre la gente sana esos conceptos no predominan. El otro símbolo de la república saxoamericana suscitado por esta palabra en la mente de los pobres de espíritu es el de un ogro que avanza hacia el Sur devorando de paso los niños nacidos de la *mésalliance* entre España y el indio americano. Aunque demasiado sumaria esta visión tampoco va contra la verdad de los hechos. Las dos imágenes encierran un principio de verdad, si bien no son la verdad completa. Cuando un desconocido pone en seguida de su nombre F. R. G. S., da una señal para determinarlo. El hecho de pertenecer a la Real Sociedad de Geografía de Londres ya es un principio de determinación. Se sabe que tal caballero ha escrito algún artículo de revista sobre alguna comarca situada fuera del Reino Unido y que pagó una libra esterlina como cuota de entrada. En rigor no son distintivos heroicos, pero sirven para empezar a fijar una personalidad, no siempre en beneficio de ella.

No es preciso decir que la república saxoamericana es algo más que todo aquello. A pesar de la impresión de monotonía que de la vida en aquellos Estados dejan libros tales como *David Harum*, *Main Street*, *Babbitt*, *The Jungle* y por encima de todos ellos uno que sin pretensiones artísticas se llama *Middletown*, el país de Washington y de Edison, de Franklin y de Wanamaker es un imponente universo, donde se pueden estudiar



H. L. Mencken

—De El Gráfico. Bogotá—

todas las bajezas y algunas de las excelencias del espíritu humano. Y para hacer esta investigación no es necesario consultar a los extranjeros ni menos visitar aquellos Estados con la voluntad premeditada de encontrarlos fallos. Ocurre que entre las inteligencias que vinieron al mundo de 1870 a 1880 en aquella nacionalidad elusiva y grandiosa se encuentran observadores finísimos, desinteresados, admirablemente equipados unos por el saber, otros por la experiencia, casi todos ellos por su habilidad literaria, para penetrar en el fondo de la vida nacional y describir sus excelencias, sus limitaciones, sus miserias. Sus nombres forman legión: H. L. Mencken, Lewisohn, Dreiser, Waldo Frank, Untermeyer, Nathan, O'Neill, los van Doren, Sinclair Lewis, Upton Sinclair, el profesor Butler, los que escriben en *The Nation*, *The Dial*, *The New Republic*, *The American Mercury* y suplen el mercado de librería para las personas a quienes no les basta el número dominical ilustrado de los grandes diarios, ni los sermones del sába-

do por la tarde en las iglesias protestantes o católicas o judías para satisfacer sus necesidades metafísicas.

Vamos a hablar de Mencken. No hay obra literaria más parecida al retrato del autor. El entrecejo da señales de una gran seriedad, acompañada de graves preocupaciones intelectuales. La mirada y la expresión de los labios sugieren, combinadas, una noción humorística del universo. En la frente espaciosa y saliente hay inteligencia analítica y un noble sentido de la responsabilidad. En la expresión general hay una sugestión de valor sereno, de persona resuelta a defender sus ideas y a defenderse contra la malignidad de los tiempos. Parece ingenuo y tímido: en su frase hay la ingenuidad de la convicción honrada y el valor de quien prefiere la razón a los argumentos de la fuerza. H. L. Mencken es el periodista de nacimiento, el crítico por inclinación de los extravíos, las viciosas tendencias, las anomalías, la fealdad y sobre todo de la flaqueza del hombre ante la perversidad y la estulticia predominantes. Para hacer esta obra de disección concienzudamente y sin complacencias indebidas el campo se abre generosamente a los ingenios en Francia, en Inglaterra, aun en la republicana Alemania de nuestros días. En aquellos Estados Unidos la tarea de Mencken choca contra muros seculares de fanatismo social, político y religioso, contra un concepto de la vida y la civilización según el cual enriquecerse es la única tarea digna de ocupar la actividad humana. El Presidente Hoover ha afirmado esta noción perjudicialísima formando su gabinete casi exclusivamente con potentados multimillonarios. A la riqueza excesiva se le perdonarían muchos crímenes en aquel mercado de apetitos, si no hubiera surgido del mismo medio esa vegetación de inteligencias valerosas e independientes que en la prensa diaria, en la periódica especialmente y en el libro ejercen la tarea de vigilancia, de prevención y de reprimenda. Entre los franco tiradores de esa higiénica y valerosa campaña de todas las semanas y todos los meses figura en las vanguardias H. L. Mencken, con la



la libertad en una mano y de la justicia en la otra. Su *American Mercury* lleva a partes de la extensa comarca un recado mensual de verdades admirablemente expresadas contra la estupidez, la improbidad y el prejuicio, en un lenguaje denso, de pensamiento, escaso de adornos innecesarios, provisto con donosura y sobriedad de imágenes que revelan el buen gusto y la vasta cultura cosmopolita del gran periodista. Tan eficaz, tan ameno, de tanta fuerza y de tan adecuada y obediente información no ha habido recientemente en la profesión más pluma comparable a la de Mencken que la de Harden, el publicista de del *Zukunft*, de fama tan extensa como las lacras del Imperio que ayudó a cauterizar. Mencken le aventajaba sin embargo, en franqueza, en el espíritu de lealtad consigo mismo y en la tenacidad del empeño. Además, sin el auxilio de un vengativo potentado, Harden habría tenido que volver a la vida teatral, o a las peripecias de la finanza, Mencken se debe a sí mismo. No hay fuerza que le apoye, exterior a su entendimiento, como no sea la opinión pública; no hay poder extraño que le cierre el camino. Su labor moralizante golpea de continuo contra el privilegio y la corrupción administrativa, los dos síntomas disolutivos de la grandeza saxoamericana. La acidez de su sarcasmo y las insinuaciones de su pluma de implacable humorista les recuerdan mensualmente a sus lectores el peligro que corre la nación gobernada durante ocho años seguidos por la incompetencia de un Harding o de un Coolidge rodeados complacientemente de tales y tales compañeros de gobierno notorios por su improbidad.

Sus críticas y sus querellas no van solamente contra las clases directivas. A falta de una palabra inglesa para designar a la masa amorfa, complaciente y ensimismada de sus compatriotas, Mencken ha inventado una designación española que es un hallazgo. El ha penetrado sagazmente en el aluvión de perfidias, de atropellos y humillaciones que el habitante de las comarcas limitadas por el Río Grande del Norte, los dos océanos y el estrecho de Magallanes, ha estratificado en la palabra *americano* y de este gentilicio en su forma castellana se sirve el intrépido cronista de una decadencia incipiente para designar a aquellos de sus compatriotas para quienes su país es el más grande del mundo, su gobierno el más fuerte del planeta, y sus millonarios los más inteligentes del sistema planetario. Refiriéndose a *Middletown*, esa terrible disección del cuerpo y del alma saxoamericanos, llevada a cabo por fríos analistas y hombres de ciencia, Mencken apunta: «The result is a record of immense interest. It gets closer to the truth about the normal Americano than any other I have ever heard of». Este gentilicio, puesto en español en la frase inglesa, venga a la América latina de muchos actos de prepotencia y de muchas notas diplomáticas redactadas en Washington antes con el ánimo de ofender que con la intención natural en toda carta de llevar

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

el convencimiento al ánimo del corresponsal.

Es bueno citar algunos párrafos de su elocuencia política y algunas opiniones sobre los hombres y las instituciones de su tiempo: «El ejercicio del fraude», afirma en su editorial de abril último, «va a ser más venturoso y más seguro en Washington de lo que ha sido desde el 4 de marzo de 1911, porque James A. Reed, después de actuar 18 años en el Senado, ha colgado su espada para volver a la vida privada en Missouri. Sus actuaciones serán, a lo que sospecho, frases escritas en el agua. Los embrollones y curanderos haciéndole a sus espadas un palmo de narices salen de sus oscuras guaridas y se preparan para una sesión abierta a beneficio de los cándidos: hay hondos y patrióticos resoplidos de alivio en los mismos guardarrropas del senado... El día 3 de marzo de 1921 por la tarde, perambulando en Washington fui a parar en las galerías de la prensa pertenecientes al senado. El inmortal Harding, con el signo mortal de los jesuitas ya sobre la frente, iba a recibirse como presidente vigésimo nono de los Estados Unidos el día siguiente. Wilson dejaba el cargo, y con él muchos senadores el suyo. A las nueve Reed hizo que el presidente del Senado se fijase en él y entró en la nave... de los oradores siguió una de las más terribles arengas que he tenido la fortuna de escuchar. Fué corta, pero genuinamente estúpida. Me sentí colgante del orador como un paleta fascinado por un obispo me-

todista. Al fin de la oración hubo un silencio tan elocuente como las trompetas del juicio... Lo echarán de menos en el Senado, pero no creo que su ausencia sea deplorada. Su partida hace la vida más fácil para los Diegos Watsons y los profesores Fesses, para los Robinsons de Indiana y los mugientes Heflin, para las máquinas de sumar llamadas Smootsy para los jadeantes Borahs; para toda la chusma de demagogos y echadores de cartas. Hoover sin él se sentirá más a sus anchas que Hoover con él y tal será el estado de ánimo de todos los granujas que se agolpan al rededor del trono». Es bueno que estas frases a pesar de su tono elevado sean conocidas en la América nuestra. Hay temperamentos frígidos que rechazan la idea de propagar estos conceptos en la parte sur y central del continente como si nada tuviesen que ver con nosotros las luchas de los saxoamericanos entre sí. Pero ocurre que, a lo menos por ahora, los Mencken y los Sinclair y los Gannet se querellan del Gobierno de Washington por las mismas razones que nosotros y con actitudes más dignas. Importa leerlos con atención, confianza y perseverancia y a Mencken más que a los otros y con especial predilección, porque en la América toda, olvidábamos esta forma de la literatura política desde la muerte de aquel potentado de la frase a quien admiraron sus contemporáneos con el nombre de Juan de Dios Uribe.

Agreguemos que no es la política de actualidad el solo género en que luce su potencia verbal y su conocimiento del hombre el editor del *Mercurio Americano*. Sus crónicas literarias de la misma revista denuncia una gran sutileza en el análisis de las corrientes literarias, una visión generosa de la ajena producción, un gusto firme y un manantial irrestañable de ingenio en la vapulación de lo mediocre y presuntuoso. Ha escrito además diálogos ligeros con el título de *burlesques* para poner en el tablado de la farsa, con gracia y penetración recomendables, las flaquezas y necedades inherentes a las bestias humanas domesticadas o en lento proceso de domesticación.

B. Sanín Cano

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

La educación es la segunda en poder entre las fuerzas morales que actúan sobre la sociedad. Los que ha formado pueden aún ser corrompidos en el transcurso de su vida; los que ella ha depravado pueden aún ser devueltos al sentimiento de la virtud y el deber. Pero la religión extiende su saludable o funesta influencia sobre todos los senderos de la vida; se apoya en la imaginación de la juventud, en la entusiasta ternura de un sexo más débil, en los terrores de la edad proveya; sigue al hombre hasta en los secretos de su pensamiento; lo alcanza después que ha escapado de todo poder humano. Sin embargo, la influencia recíproca de la educación sobre la religión y de ésta sobre aquélla es tan grande, que apenas se pueden separar estas dos causas eficientes de los caracteres nacionales.

En efecto, la educación cambió en Italia en la época en que la religión fué cambiada. Cuando papas llevados tan sólo por el fanatismo sucedieron a los que no habían escuchado más que la ambición, la educación fué confiada a nuevas manos. Las dos nuevas órdenes de los Jesuitas y de las Escuelas Pías se apoderaron de todos los colegios; y se vió cesar en absoluto, y por todas partes a la vez, esta enseñanza independiente transmitida a millares de educandos por célebres filólogos, los Guarini, los Aurispa, los Philelphi y los Pomponio Leto. Esta numerosa clase de maestros que dió un impulso tan rápido al estudio de la literatura en el siglo xv y principios del xvi, acaso no había tenido una filosofía muy sana, o sentimientos muy liberales, pero cada uno de ellos era independiente; vivía de su reputación; abría su escuela en rivalidad con todos los demás; se esforzaba, tal vez por celos hacia sus émulo, en descubrir o en abarcar un nuevo sistema. Ponia en acción todos los poderes de su espíritu; despertaba todas las facultades de sus escolares, y apelaba sin cesar, sobre su particular doctrina, al examen, al juicio del pensamiento, única autoridad que puede decidir entre profesores del todo iguales. Los monjes que sucedieron a estos hombres tan activos, fueron severamente reglamentados. Indiferentes a los éxitos de sus escuelas, que no podían alterar su voto de pobreza, y únicamente ocupados en el objeto de su orden, lo confiaban todo a la disciplina que habían recibido; lo sometían todo a la autoridad espiritual, en nombre de la cual hablaban y denunciaban la apelación a la razón humana como una rebelión contra las doctrinas emanadas inmediatamente de la Divinidad.

Toda atención sostenida cesó en las escuelas de estos nuevos institutores. Consintieron de buen grado en que sus educandos completaran aquellos conocimientos ya adquiridos y que ellos no juzgaron peligrosos, pero les prohibieron el ejercicio de las facultades que hubieran podido hacerles adquirir otros nuevos. Toda filosofía fué subordinada a la teología reinante; y respecto de todos los demás sistemas no se aprendió de ellos, a lo más, sino los argumentos por los cuales se podía refutarlos. Toda moral fué sometida a las decisiones de la Iglesia y de los casuistas; y no se permitió más buscar en el corazón los principios sobre los cuales la autoridad ya se había pronunciado. Toda política fué reducida de conformidad con el interés del gobierno dominante; y los sentimientos nobles fueron desterrados de una ciencia que, en lugar de ser la



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Un Capítulo de Sismondi

y 2.—Véase la entrega anterior.

más independiente de todas, se convirtió en la más servil.

El estudio de la antigüedad continuó durante ese tiempo ocupando los colegios; pero ¿cómo podía tener un interés real para los jóvenes, y desarrollar el corazón o el espíritu, cuando se había proscrito todo sentimiento? ¿Qué podría significar la elocuencia antigua, cuando el amor a la libertad era representado como un espíritu de rebelión, y el amor a la patria como un culto casi idólatra? ¿Qué impresión podía proporcionar la poesía, cuando la religión de los antiguos estaba sin cesar opuesta a la de los modernos como las tinieblas a la luz, o cuando los sentimientos de un corazón apasionado eran explicados a los niños por monjes? ¿Qué interés podía nacer del estudio de las leyes, de las costumbres, de los hábitos de la antigüedad, cuando no eran en lo absoluto comparadas a las nociones abstractas de una legislación verdaderamente libre, de una moral depurada, de hábitos que nacen de la perfección del orden social?

Así el estudio de la antigüedad, como toda ciencia monástica, vino a ser una ciencia de hechos y de autoridad, en la cual la razón y el sentimiento no tomaron ya parte. Se les enseñó a los niños italianos, algunas veces con gran perfección, las elegancias de la lengua latina, es decir, palabras y sus reglas. Se les enseñó la prosodia y las reglas de la versificación, de manera que pudieran componer versos latinos lo mejor hechos posible, aún faltando el pensamiento y el sentimiento del poeta. Se les enseñó la mitología con una precisión que a veces producía vergüenza a los hombres que creían poseer una educación clásica. Pero la independencia del pensamiento estaba de tal manera proscrita de todo este sistema de educación, que no se les podía enseñar la retórica o la poética sino en virtud de autoridades establecidas, y como una nueva ortodoxia, y que hasta la misma teoría de la literatura no produjo en Italia ninguna obra notable. Se puede preguntar qué nuevo pensamiento ha adquirido un joven después de un curso semejante de estudios, y en qué ha desarrollado su corazón y su espíritu, y si no hubiera valido tanto para él estudiar las antigüedades de los peruanos como la de los griegos o los latinos, que no se les ha enseñado a sentir.

Bajo tal institución, algunos hombres felizmente dotados han desarrollado su memoria; y si ellos tenían también por naturaleza una imaginación fecunda y el sentimiento de la armonía, han podido brillar como poetas en su lengua nativa, sin que sus maestros hayan logrado ahogar sus talentos. Pero la inmensa mayoría vegetaba en una inercia absoluta de espíritu. Un joven italiano no piensa, y ni aun siente la necesidad de pensar; su profunda ociosidad sería un suplicio para un hombre del Norte, aun cuando la naturaleza hubiera crea-

do a éste mucho menos activo, mucho menos impetuoso. Esta ociosidad se ha convertido por el hábito en una necesidad, casi en un placer. La jornada de la infancia ha sido ocupada como si se la quisiera poner en guardia contra el ejercicio de sus facultades racionales. Los monjes que dirigen sus ocupaciones han suprimido todo fervor de sus plegarias, toda atención de sus estudios, toda inventiva en sus placeres, toda efusión en sus relaciones.

Los ejercicios de devoción ocupan una parte considerable de las horas del educando; pero basta que por el sonido de su voz haga maquinalmente acto de presencia. Las extensas tautologías de las oraciones no pueden fijar su atención; el mismo formulario, repetido cien veces, nada dice ya a su espíritu o a su corazón. Cuando un ejercicio devoto muy corto le hubiera servido de consejo a su conciencia, los rosarios que repite hasta tres veces por día, sin entenderlos, lo acostumbran a separar por completo el pensamiento de la palabra; es un ejercicio de distracción, si es que no una hipocresía (1).

Otras horas son destinadas al estudio de los idiomas, de la mitología, de la prosodia, de algunas épocas históricas; pero sólo la memoria es requerida para recibir estas lecciones: la memoria, que no despierta en lo absoluto las más nobles facultades de nuestro ser; la memoria, que el educando carga por obediencia de un fardo cuyo uso desconoce por completo, pues él no vislumbra otro fin en el estudio de su lección sino el de recitarla. De este modo no emprende sino indolentemente esa tarea: el que la naturaleza había dotado acaso de la más fácil comprensión, deja embotar esta facultad, que no es jamás empleada; el que sentía en su corazón los gérmenes del más noble entusiasmo, no ha encontrado nada que lo haya desarrollado. El uno y el otro no miran más que con una especie de disgusto las palabras y las reglas estériles con que se les carga la memoria. En el momento en que su educación termina, arrojan, con gozo, de su cabeza todo lo que había recibido sin incorporarlo jamás en su pensamiento.

Un espacio de tiempo se conserva, sin embargo, en las escuelas y en los seminarios de Italia, al recreo y a los ejercicios; pero la obediencia y la disciplina monástica siguen al escolar aun en el momento que pretende dedicar a su retozo. Todos los días, a la misma hora, la larga procesión de educandos sale del seminario; marchan de dos en dos, revestidos de largas blusas; dos sacerdotes los preceden, otros se hayan entremezclados en las filas, otros cierran la marcha. Jamás redoblan el paso, nunca lo detienen; jamás cogen una flor, o examinan los trabajos de un insecto, o la estructura de una piedra; jamás se reúnen en grupos para jugar, disputar, para hablarse con confianza. La autoridad monástica es suspicaz: se les enseña a desconfiar del hombre, a no ver más que corrupción en este siglo. Allí no existe nada que el pedagogo no crea que se deba temer, para las costumbres de su alumno, para la disciplina de su escuela y para su propia autoridad. Los lazos de amistad entre sus discípulos serán a sus ojos un principio de conspiración, y se apresuran a romperlos; las

(1) En el Colegio Romano, que se considera como el primer centro docente del mundo católico, cada educando debe repetir todos los días, entre otras oraciones, ciento sesenta veces el Ave María.—(N. del A.)

confidencias serán lecciones de corrupción, y las harán imposibles; el espíritu de cuerpo de los educandos pondría límite a su autoridad, y lo combaten como una revolución; se recompensan las delaciones y se concede todo su favor a quien sacrifica a su camarada.

¡Desgraciada la juventud que es educada de este modo! ¿Qué habrá podido aprender ella en sus escuelas, si no es a desconfiar de los demás hombres, a adular y a faltar a la verdad? ¿Qué le queda de todos sus estudios, si no es la repugnancia por lo que ha aprendido y la incapacidad para dedicarse a una nueva ocupación? Su labor sólo ha podido producir en ella la inercia del pensamiento; la distribución de penas y recompensas no ha podido inspirarle más que la hipocresía; sus monjes, teniéndola alejada de todo peligro, han debilitado y enervado sus órganos, y le han inspirado la desconfianza en sí misma y la cobardía. Es un consuelo para la nación italiana el poder haber probado, por la experiencia, que los defectos que se le reprochan no emanan de ella, sino de sus instituciones. Mientras que ella probaba los funestos resultados de un sistema establecido en su seno, una revolución extranjera arrastraba de manera violenta a un gran número de sus jóvenes educados en las escuelas de los ultramontanos; e inmediatamente se les ha visto desarrollar esta actividad espiritual que había estado comprimida tanto tiempo, apoderarse ávidamente de esta ciencia por la que mostraba antes tanto disgusto, y arrojar lejos de ellos este engaño, esta ductilidad que sólo la disciplina a que habían estado sometidos les habían inspirado. La misma educación en los campos, o la de la administración civil, bastó a menudo para levantar la corteza que había formado una institución monástica; e Italia ve hoy, con orgullo, elevarse, en medio de su juventud, hombres que borrando el sello servil que se les había impreso, han conservado todo su genio.

Son los alumnos formados por educación monástica los que la legislación italiana recibe al salir de las escuelas, para acostumarlos al yugo y hacer de ellos súbditos obedientes. Sus pensamientos no se han elevado nunca hasta ninguna clase de abstracción; jamás han examinado lo que debe ser, sino solamente lo que es; nunca han investigado el origen de alguna especie de autoridad, mientras que todo en este mundo y fuera de él les ha sido representado como descansando en la autoridad; su espíritu se ha hecho demasiado perezoso para poder jamás remontarse hasta el origen de lo que él se ha obligado a creer. Llevados como ciegos en su educación, obedeciendo como ciegos a sus sacerdotes, han estado dispuestos a ofrecer la misma obediencia a sus príncipes. No es en lo absoluto esa devoción heroica por ciertas familias que ha llegado a ser el espíritu de tal o cual pueblo italiano, como se ha visto con frecuencia en otras monarquías; es una obediencia más indolente, que no tiene otro principio que la fatiga de la lucha y el constante deseo de reposo. *Obbedire a chi commanda* es una máxima proverbial, representada como contentiva, al mismo tiempo, de todos los deberes políticos y de todos los preceptos de la prudencia.

Así el despotismo no tiene ninguna necesidad de disfrazarse; un poder soberano, un poder sin límites se le atribuye al príncipe; no hay ningún derecho, por sagrado que sea, que esté fuera del poder soberano. Las leyes emanan simplemente de la voluntad del monarca, quien no ha sido influido por nadie; es esto lo

que designa el nombre que llevan, de *motu proprio*. Los juicios civiles y criminales pueden cambiarse por sus rescriptos: suspende a favor de uno las persecuciones de sus acreedores; acuerda a favor de otro una restitución *in integrum* de los derechos perdidos por la prescripción; legitima a un tercero, que es bastardo, para hacerlo heredar, en unión de sus hermanos, o en perjuicio de sus primos; abroga en favor de un cuarto los lazos de la progenitura, para que pueda disponer, en perjuicio de sus hijos, de los bienes que le son sustituidos. Los privilegios de las instituciones no le detienen más que los de los particulares; cambia a su gusto, y con un fin privado, las costumbres de las ciudades y las prerrogativas de los órdenes diversos del estado.

De la misma manera que todo depende de la sola voluntad del príncipe, todo se realiza por ellos, sin discusión, sin deliberación pública, sin que la nación sea asociada de alguna manera a lo que va a ser establecido sobre su destino. La censura de los diversos sistemas económicos o políticos adoptados por el

gobierno, sería un delito; la misma historia moderna está prohibida; ella podría inducir a los súbditos a la tentación de juzgar lo que deben considerar como demasiado elevado para su entendimiento.

Al llegar a esta parte del capítulo IX, el Dr. Lanuza puso término a la lectura y se extendió en una serie de consideraciones referentes a lo mucho que había hablado con el Ministro de Italia, señor Giacomo Mondello—culto diplomático que residió en Cuba durante varios años—, sobre la influencia que el libro de Sismondi ejerció en la transformación italiana y en su unidad como pueblo.

Aquel día el Dr. Lanuza y yo abandonamos el local de la Biblioteca de la Universidad Nacional, muy cerca de las tres de la tarde. Ese hecho quedó grabado en mi memoria con indelebles caracteres.

Julio Villoldo

La Habana, 27 Junio 1919.

La arquitectura gótica religiosa Alas de piedra

MEDIR la diferencia de temple entre los hombres de la Edad Media y sus descendientes actuales, es, me parece, el problema que más fuertemente sugiere la contemplación de las iglesias en tierras germánicas. A meditar acerca de él invitóme con muda insinuación el coro de San Lorenzo durante mi primera visita a Nuremberg—que no ha de ser la última si la vida no me es infiel—este invierno.

La distancia y la mengua que de aquellos siglos austeros separa a la época presente, la sentimos confusamente cuando hallamos que donde aquellos varones edificaban hoy nos contentamos con hacer música. Antes se erigían naves donde ahora apenas se elevan cánticos. Para el alto rumbo de la gravitación religiosa en aquellos tiempos las alas del espíritu moderno son harto débiles. ¿Será ello la causa de que los hombres del presente se entretengan en la creación de alas mecánicas? Los antepasados volaban con alas de piedra. Los nietos proyectan sus cuerpos afanosamente en los espacios rebeldes.

También sospecho que el sentido con que las antiguas catedrales eran vistas por sus constructores, está hoy agotado. Un vicio contemplativo hace que, de su contacto con los recintos religiosos medievales, el hombre moderno suela retener, no lo espacial, que es lo que importa, sino precisamente lo accesorio: las incidencias del momento, la iluminación casual. Lo atmosférico y transeunte, la impronta circunstancial, no la forma edificada, no la voluntad arquitectónica, es lo que queda grabado en su memoria.

Con la naturalidad maravillosa de un milagro alcanzamos a percibir, si en auscultación humilde aplicamos nuestra atención pacientemente a lo largo de los pétreos flancos, un eco remoto e ingenuo del pasado; y es como una consigna

rememorada. Dentro de nosotros se espejean entonces los movimientos de la fábrica: en nuestro ser, como tensiones y reposo de nuestro propio cuerpo, se reflejan las elevaciones y las caídas, los ensanchamientos y las contracciones del espacio edificado; y nuestro aliento amplía su cadencia para darle cabida al afluir de otro aliento mil veces mayor, y sentimos que en el cauce de nuestra vida rueda una vida olvidada, grave y fuerte, una salud perdida, robusta y heroica.

Se diría que cuando en la Edad Media un pueblo se sentía movido a edificar una iglesia—una morada destinada a alojamiento de Dios y donde sus criaturas íntimamente pudiesen comunicarse con El—, las exigencias del práctico oficio a que la obra había de servir eran pronto rebasadas, desatendidas casi. ¿De dónde provenía el exceso? Acaso de un impulso místico, que a la materia traspasaba la función misma que, a su reparo, la colectividad se proponía realizar. De tal modo, año tras año y aun siglo tras siglo—lo primitivo de los recursos técnicos conocidos y lo vasto de los proyectos explican la tarda ejecución—, a las venas de los fustes y a la musculatura de las torres se iba transfundiendo e incorporando la terrena aspiración a lo divino y excelso, a lo inefable y perfecto; el anhelo delirante de comunión con el Creador.

Menos mudas son las catedrales que sordos nosotros. En estos baluartes de paz se perpetúan, en un rezo de piedras, las voces de próceres generaciones anónimas. Pero, estas plegarias cuajadas en roca articulada, ¿nos es ya para siempre imposible interpretarlas, entenderlas? Pertenece a una edad adscrita a la hélice; no aspiramos al cielo, lo hollamos irrespetuosamente. Los antepasados volaban con alas de piedra.

Américo Lugo Romero

París, Enero 1929

Carta abierta

de Manuel Ugarte a José Vasconcelos

Mi distinguido amigo:

Desde que se anunció la candidatura de usted a la Presidencia de la República Mexicana pensé escribirle para sintetizar en unas líneas las congratulaciones de mi vieja y cordial amistad y el eco simpático y prometedor que su actitud levanta en la América Española. Extinguidos los sucesos que me obligaron a aplazar la realización de este propósito, no quiero que pase un día más sin enviar, en mi nombre y en el de numerosos amigos, este saludo a uno de los hombres más meritorios y más útiles dentro de la evolución que se está operando en nuestras repúblicas.

Cuando, en 1910, hablé en uno de mis libros de reforzar la eficacia nacional de cada uno de los estados hispano-americanos, creando por encima de ellos una ciudadanía susceptible de involucrarnos a todos, subrayé una dirección práctica, que emana, a la vez, de la lógica de los antecedentes y de las imposiciones de nuestro destino. La mejor prueba de la vitalidad de esta concepción (empleo la palabra «vitalidad» en contraposición a «utopía») es que a medida que nos vamos conociendo se generaliza, hasta en la masa analfabeta, ajena a toda propaganda, la convicción de que desde El Paso hasta el Cabo de Hornos formamos un solo conglomerado.

Cuanto más intensamente velamos por el porvenir de nuestra Patria inmediata, con más fraternal inquietud consideramos los asuntos de los pueblos afines. Por eso admiro a México, que ha dado forma a la aspiración general ofreciendo sin condiciones la ciudadanía a los hijos de todas las repúblicas de origen hispano que acepten la reciprocidad. La ley generosa encierra una idea de gobierno que puede devolver la salud a un Continente, dándole, en el orden superior, un ideal, y activando, en el orden ejecutivo, la circulación de la sangre para hacerla afluir en horas de zozobra a los puntos amenazados.

La rutina, el localismo, las rémoras que nos recluyen en apriscos de ignorancia o de recelo artificial, han impedido que la actitud de México sea imitada por las otras repúblicas y que la fórmula adquiriera su plena virtud. Pese al anhelo de las juventudes, y a los esfuerzos de algunos espíritus clarividentes, cada nación hispanoamericana sigue siendo aún, desde el punto de vista legal, un país extranjero para los ciudadanos de las otras. Esto nos coloca, por ahora y a pesar de los entusiasmos que nos unen, en situación difícil para abrir juicio sobre cuestiones de política interna.

No he de ser yo, que tanto quiero y admiro a México, quien rompa esta ficción legal, por artificiosa que ella me parezca. No he de arriesgarme a herir susceptibilidades que pueden ser explotadas arteramente. En la situación actual, sólo el pueblo mexicano tiene derecho a opinar sobre sus problemas electorales. Nosotros, los hermanos, le debemos el homenaje de la abstención más estricta, aunque más no sea para asegurar, o forzar, la abstención y el respeto de los extraños.

Pero si en las cuestiones internas hemos de ajustarnos a esta regla de conducta, ignorando cuanto se refiere al libre juego de los partidos y a la organización propia de la colectividad, hay aspectos de orden internacional dentro de los cuales podemos emitir opinión sin salir de los límites de nuestras jurisdicciones respectivas. Me refiero a lo que atañe a la adquisición de una personería diplomática que permita a los pueblos hispanoamericanos mantener su autonomía y defender ideas propias en los debates del Nuevo Mundo.

Nuestras repúblicas no han tenido hasta ahora, ni aisladamente, ni en conjunto, una política internacional. A lo largo de un siglo se han limitado a improvisar expedientes, a sortear las dificultades diarias, a pasar de la incuria al apasionamiento, cayendo en los lazos y en las sacudidas nerviosas de los que, sorprendidos por los fenómenos, sólo atinan a salir del peligro inmediato, sin abarcar el panorama, ni descubrir la ilación lógica de los sucesos. Las vanas querellas fraticidas, contra las cuales nunca insistiremos bastante, el hervor estéril de las ambiciones, las rivalidades de fronteras

nos han impedido abarcar en la geografía y en el tiempo, el panorama de nuestra situación y de nuestro porvenir.

Mientras otros pueblos vigilan implacablemente el derrotero que mejor se ajusta a su preservación y desarrollo, nosotros nos hemos dejado llevar por las aguas, esperándolo todo de la casualidad, del derecho, del respeto a los débiles, de cuanto no se cotiza en la política internacional de nuestras épocas. Cada fracaso lo hemos explicado después culpando a los demás, sin comprender la parte que en él tuvo la propia inexperiencia o imprevisión. Ciegos, sordos, suicidas frente a las influencias absorbentes, hemos dado así el espectáculo de una paradójica partida de ajedrez en la que, de un lado del tablero está un campeón que lo tiene todo previsto, y del otro un grupo de neófitos, cada uno de los cuales mueve su pieza aturdidamente y sin plan, ajeno al ritmo y a la finalidad de la partida.

México ha sido la república que tuvo hasta ahora una noción más clara de las necesidades del momento, aunque esto no implique admitir que su política internacional estuvo de una manera continua a la altura de las circunstancias. Basta la evocación de sus dolores para medir la magnitud de las faltas que cometieron algunos de sus dirigentes. Pero, siendo en el momento actual la que, aleccionada por su ubicación, anuncia una inteligencia más comprensiva de los intereses comunes, de ella cabe acaso esperar las orientaciones, y las rectificaciones, que darán forma concreta al deseo de vivir de nuestros pueblos.

Sólo he dicho vivir. Nosotros no abrigamos odio contra nadie, ni contra nada. No asoma en nuestro pensamiento la más ínfima partícula de hostilidad contra ningún país. Pero queremos vivir de una manera integral, sin mutilaciones, sin reservas, sin sujeción, oculta o confesada, a ajenos organismos. Queremos que la personalidad de la América Española se desarrolle dentro de su tradición como conjunto autónomo. Y tenemos la convicción de que, sin choque ni conflicto, es posible restablecer o reconstruir pacíficamente mucho de lo que fué abandonado o comprometido por la pereza o la ignorancia durante las épocas en que no se había despertado aún la inquietud renovadora y vigilante que hoy anima a las nuevas generaciones.

Nuestra América, en apariencia abúlica y desorientada, pero en realidad ansiosa de gestos que traduzcan autorizadamente su contenido fervor, sabe que, sin salir de la reserva oficial, un gobierno consciente de las responsabilidades continentales puede abrir las puertas al porvenir. Por eso es que la candidatura de Ud. a la Presidencia de la República aviva el optimismo de todas las esperanzas en el orden internacional. Y por eso es que le mando, como argentino y como ciudadano de la América Española, este abrazo fraternal.

Manuel Ugarte

Niza, Junio, 1929.

Manuel Ugarte y José Vasconcelos

A propósito de una carta abierta

(Para Rep. Am.)
(Reproducción reservada)

En «carta abierta» que dirige Manuel Ugarte a José Vasconcelos, homenaje de un brillante pensador a otro no menos lúcido, subrayamos el siguiente párrafo ante el cual nos detenemos a meditar: «En la situación actual sólo el pueblo mexicano tiene derecho a opinar sobre sus problemas electorales».

Si «opinar» es emitir su juicio sobre una materia, es decir, el dictamen que se forma de alguna cosa, habiendo razón para lo contrario, no estamos conformes en esta ocasión, con la actitud mesurada del ilustre escritor argentino. Si después de tantas campañas y prédicas en pro de una gran ciudadanía hispanoamericana, adoptada ya en México, por lo demás; si al cabo de incesantes luchas pacifistas para unir la tierra de una misma habla desde Bogotá a Buenos Aires, no se nos es permitido ni discernir acerca de las cuestiones fundamentales que se debaten en los países afines, bien misera cosa es nuestra aspiración y la fraternidad que nos obliga a quienes hacemos gala de pertenecer a una misma raza.

* * *

No conocemos un solo periódico de París (y nos limitamos a mencionar un caso reciente), que no haya dedicado por lo menos su editorial a las pasadas elecciones inglesas, ya ensalzando a determinada figura británica, ya atacando leve o rudamente a alguno de los organismos políticos de Londres. Otros ejemplos frescos aún en la memoria podrían recordarse: cuando, no ha mucho, se efectuó la justa electoral en Francia, toda la prensa de Berlín siguió y comentó a su guisa este acontecimiento; y, a su turno, en la República Francesa se emitieron juicios diversos con motivo de las votaciones alemanas. Por otra parte, durante la campaña presidencial en los Estados Unidos, todo el rotativismo mundial, y comprendido el hispanoamericano, opinó en distintos tonos sobre los candidatos y sobre la plataforma política de cada uno de los contendientes.

* * *

En la situación crítica y transitoria por la que atraviesa la patria de Benito Juárez (y en no importa qué otro momento), todos tenemos cabal derecho a exponer nuestro parecer como lo creamos pertinente, sobre los problemas electorales de México, y no sólo de ese país, que es el citado por el Sr. Ugarte; también nuestra jurisprudencia moral alcanza las demás antiguas colonias del Nuevo Mundo.

Aquí, en París, a nadie se le ocurriría criticar, acusar o molestar a un extranjero porque interpreta bien o mal la política del gabinete Poincaré. El derecho de asilo no significa en una verdadera democracia, vasallaje o claudicación. En cambio, bajo la férula de una tiranía, expresar libremente el dictado de su conciencia, equivale a firmar su pena de muerte o su entrada a la cárcel... o a emprender el camino del destierro...

En la hora presente, hora grave y difícil para los destinos de Iberoamérica, casi es un delito—y un delito que debiera constar en el código—, el no opinar, el silencio cómplice, la actitud especiosa. Habría que excitar a las masas para que emitiesen sin temor alguno sus observaciones sobre los problemas políticos de nuestros pueblos. Es un deber de ética elemental que arrancaría de la indolencia y de la apatía a muchos millones de hombres que se creen libres. En nuestra época endémica, la abstención constituye ya un agravio para los altos ideales de la Gran Patria. No ha sonado la hora—y quizá no llegue nunca—en que vayamos todos los ciudadanos a las urnas a depositar nuestro voto

sobre tal o cual candidato continental; pero sí, podemos inclinarnos por algún hispanoamericano que llene, totalmente, las aspiraciones de la raza. Nosotros sabemos (¿no es verdad César Arroyo?)⁽¹⁾, y lo sabe también nuestro eminente amigo Ugarte, que Vasconcelos, presidente de una República limítrofe con los Estados Unidos, no traicionaría los intereses encomendados a su salvaguardia. Defendiendo a los enemigos de las tiranías, salvamos nuestro propio suelo, nuestra propia política, nuestro propio bienestar.

* * *

La tiranía es el mejor aliado del imperialismo. Atacando a aquélla se debilita en cierta manera a éste; derrotando al tirano se tiende a desalojar de sus posiciones a las fuerzas conquistadoras. ¿Cómo permanecer indiferentes, por ejemplo, ante la burla sangrienta de Venezuela? No sólo hay derecho de traducir para sí una indignación demasiado honda para morir en nuestro pecho, sino que existe, debe existir una obligación perentoria, indiscutible, absoluta, de gritar la grotesca farsa a todos los vientos de la libertad.

Comprendemos perfectamente que el Solitario de Niza, al situarse al margen de la maquinaria electoral de México, lo hace para no herir susceptibilidades, como él mismo trata de explicarlo: «Nosotros los hermanos, le debemos el homenaje de la abstención más estricta, aunque más no sea para asegurar, o forzar, la abstención y el respeto de los extraños.»

En antimonía a lo que el Maestro afirma, creemos que una intervención legítima de la América Española, inyectaría una fuerza abrumadora a todas nuestras cuestiones internas que no siempre se han examinado a la luz del día en el seno de las propias nacionalidades, sino en los concilios secretos de Wall Street.

Si nos imponemos un silencio complaciente o adusto a problemas que directa o indirectamente nos incumben, cada Estado del Sur será bien pronto una especie de muralla china en la que ya no nos quedará ni el derecho a contemplar, con limpieza de alma, las estrellas de nuestro cielo.

Derramando por toda América la efectiva ciudadanía continental, los intrusos se abstendrán en adelante de intervenir en los menesteres de nuestra casa, ante el singular espectáculo que ofreceremos, en obras y en acciones, de unión e identificación colectivas. Cuando todo el oleaje indo-hispano siga con ojo avizor, con paso vigilante, la actitud de tal gobernante, de tal candidato, de tal tiranuelo, de tal cacique, se registrarán menos atentados de lesa soberanía y de lesa libertad.

Pedimos que se nos deje abierto el vasto panorama de la América de Bolívar y de Martí; que se nos permita atacar a Juan Bisonte y a elogiar a Vasconcelos; no tema enfadar Manuel Ugarte a sus adictos (entre los cuales nos honramos en contarnos); todos sabemos de corazón que cuando el mentor rioplatense habla es para fecundar una idea generosa y noble, y, en tal concepto, no puede despertar el resquemor de nadie.

Si los demás temen los alfilerazos de gentes que no pueden ser otra cosa que mediocres, están en su perfecto derecho. También lo están quienes repliquen o defiendan a Vasconcelos o a otro candidato de México o de otra parte. Pero nosotros anheláramos del gran idealista que es Ugarte, una doctrina más radical, más osada si se quiere, para que algún día haya siquiera probabilidades de cristalizarse el sueño del Libertador. Si andamos con susceptibilidades domésticas, con pequeneces, con dioses menores, con detalles menguados y localistas, ¿para cuándo, para qué siglo nos daremos cita los pueblos de una misma raza?

Entremos pues, de lleno, sin amedrentarnos, a discutir, a impugnar y a sostener a nuestros representantes de América para que los hechos estén de acuerdo con las aspiraciones. Estudiar a los hombres en ese terreno público y político es empezar a derribar fronteras y prejuicios entre provincias hermanas. Comencemos a considerarnos como entidades que somos de una misma sangre y de un mismo ideal, y no temamos el *chauvinismo* de los que hasta ahora nos habían tratado como extranjeros. Habituémonos (y acostúmbrense en particular los políticos y los hombres públicos) a sufrir la

(1) Este prestante ensayista ecuatoriano radicado en Francia, acaba de publicar en París (Editorial *Le Livre Libre*), un sólido opúsculo: *México en 1935. El Presidente Vasconcelos*. Sin lugar a dudas, es el mejor estudio hecho hasta hoy acerca del educador mexicano. No se puede concebir visión más pura, más espiritual y más humana de un México redimido por un hombre excepcionalmente superior cual es el Sr. Vasconcelos.—C. D. M.

**El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería**

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la confec-
ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
50 varas al Este de "El Cometa",
frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3283

crítica, la reserva y la alabanza de los que van hilando con virtuosa modestia la inquebrantable malla del porvenir.

No cooperemos con nuestro silencio, con nuestros renunciamentos y abstenciones, con nuestro excesivo celo de respetar las nacionalidades de un mismo origen; no ayudemos ni contribuyamos a perder un magno ideal al que le debemos culto y sumisión. La única atadura que exige la raza de sus hijos!

Opinar sobre el ancho mapa de la América Española será signo venturoso de mejores tiempos; pero hasta tanto que hombres de la sabiduría y loable empeño de Manuel Ugarte no se lancen a fondo en materia de política interior, sin preocuparse de susceptibilidades caducas, la Gran Patria continuará siendo por largas décadas un fabuloso mito, un rico filón hasta hoy explotado en discursos, conferencias, brindis, ceremonias oficiales y campañas «patrióticas».

Carlos Deambrosis-Martins

Paris, 1929.

NOTA: Escritas las presentes líneas, se nos informa que un eminente escritor colombiano que tiene fijada su residencia en París, el doctor Max Grillo, ha enviado a Bogotá para ser publicado en el gran periódico *El Tiempo*, un sensacional artículo que intitula: *José Vasconcelos, pacificador de México*. No hemos leído aún el trabajo, pero alguien nos dice que está escrito con amor «soltando los rizados de la vela del entusiasmo». El doctor Grillo invita en su mensaje a los intelectuales de América a que soliciten el Premio Nobel, de la paz, para Vasconcelos. Por nuestra parte, esperamos, que todo el Continente se hará eco, como una sola voz, de la feliz y justa iniciativa del gran poeta colombiano.—C. D. M.

Para unos estudiantes de Derecho

= De Revista de Oriente. Santiago de Cuba =

POR primera vez en mi larga vida, al verme rodeado de jóvenes, he deplorado no tener ante mí las perspectivas que se abren para éstos. La suerte ha querido que en mi ocaso vuelva a contemplar en torno las sombras que envolvieron mi mocedad. Ustedes pueden verlas sin aprehensión. Tienen delante el camino, y esfuerzo para recorrerlo en busca de otros horizontes.

Estudian ustedes derecho. Gran disciplina, si se va a ella con el espíritu del derecho. Entonces, desaparecen los inconvenientes que puede presentar el medio. Nuestros padres lo estudiaron en la universidad colonial. Y salieron de ella para defenderlo en todos los campos, para buscar la libertad, para sacrificarse por ella y fundar la república. Grandes hombres, lo fueron aquellos precursores, que recogieron los elementos dispersos y confusos de los cuales iban a sacar una patria. Esta patria que sus sacrificios inmensos hicieron posible, y que no hemos sabido mantener en su grandeza.

Fíjense ustedes en que la profesión que van a ejercer no es obra de libros, sino de acción indicada y facilitada por los libros. ¿Qué deben hacer los abogados? Deben actuar para que no se subviertan los principios protectores de la comunidad humana, lo mismo en las relaciones de individuo a individuo que en las relaciones con la sociedad, y en las de las sociedades entre sí.

Gran tarea, difícil tarea; pero será mayor si llegan ustedes a legisladores. No consistirá entonces en aumentar los códigos, sino en simplificarlos. La divisa de los nuevos jurisperitos, al legislar, debiera ser: pocas leyes, ningún privilegio; pocos tribunales, muchos juicios de conciliación, muchos arbitrajes. ¡Qué gran legión de obreros de la paz pueden ser ustedes, los leguistas de mañana! Si ven en torno hombres armados, piensen en que de las aulas del porvenir próximo salgan los que quiten a sus conciudadanos las armas con que se combate a otros hombres, y les pongan en ellas las armas con que se domina la naturaleza.

Parece que lo dicho interesa sólo a los abogados que hayan de ser legisladores. No ciertamente; porque se ha de abogar pensando en que de los casos particulares es de donde se sacan las reglas generales. Para que esto sea posible, con fruto para la nueva forma de legislación que señalo, resulta necesario que el letrado logre simplificar sus procedimientos, de tal suerte que el cliente vea tan claro como él. El abogado debe ser el reverso del picapleitos. En materia de legislación la sociedad del porvenir ha de buscar la máxima sencillez y la máxima facilidad para aplicar las leyes. Una de las causas que hacen tan inestable la organización actual de nuestros pueblos es su legislación, árbol gigantesco cubierto de parásitos que le sacan toda la savia.

Naturalmente pensando así, pienso que lejos de compli-

car la enseñanza del derecho, lo que conviene es simplificarla. No quiero abogados eruditos, sino abogados aptos para defender a su cliente, abogados que realcen su profesión con su probidad y hagan amar la ley, no temerla. Esto ¿es viejo? ¿es nuevo? Poco importa. Es justo, es equitativo, porque es sano. No se trata de ahogar al estudiante bajo la balumba de los códigos y sus comentarios; sino de enseñarlo a pensar y obrar por su cuenta. Para su provecho y el de su sociedad.

Enrique José Varona

Habana, 19 de Febrero, 1929.

El supremo bien de América

= Editorial de La Prensa. Buenos Aires =

EL Ministro de Nicaragua en Estados Unidos, señor Sacasa, ha dirigido una nota al Secretario de Estado de ese país, Mr. Stimson, con fines laudatorios para la política intervencionista de la Casa Blanca. El diplomático nombrado—que parece haber olvidado ya sus no lejanas actividades revolucionarias y hostiles a la república del Norte—transcribe en su nota un mensaje del Presidente Moncada, destinado a elogiar la obra desarrollada por los funcionarios de la intervención y a expresar la gratitud que, según su afirmación, habría provocado en el pueblo de Nicaragua el reconocimiento de tales servicios.

El gobernante centroamericano sostiene, en su original documento, que en la actualidad reina paz en la nación, a pesar de los esfuerzos del *sandinismo*, y se lamenta que el pronto regreso del último comisionado estadounidense, Mr. Feland, prive al país de tan valioso concurso, formulando votos para que lo reemplace un funcionario de iguales virtudes. Como podrá advertirse, ha llegado a tal extremo el olvido de los deberes de la nacionalidad y del cargo en que ha incurrido el mandatario nicaragüense, que, no conforme con invocar el reconocimiento de su pueblo—impotente para hacer sentir su protesta ante la situación de fuerza imperante—pide al país que lo oprime el envío de un nuevo agente, como si quisiera que el sometimiento a que ha condenado a su patria, no se quedara en la mitad del camino y adquiriera de una vez la plenitud del vasallaje.

El mensaje autoriza, en su parte final, al representante diplomático a manifestar a Mr. Stimson que Nicaragua cumplirá las obligaciones contraídas con Estados Unidos, «nación que es lo bastante poderosa—empleamos los términos del documento—para hacer el bien no sólo a Nicaragua, sino a toda la América latina». Es tan desconcertante esta última afirmación que, francamente, no se sabe qué admirar más, si el desconocimiento lamentable y audaz del arraigado espíritu de soberanía de las repúblicas americanas que evidencia, o la adhesión incondicional que demuestra al país interventor. En lo que respecta a este último sentimiento, hemos pronunciado más de una vez y con toda energía nuestra opinión. Por tal razón, destacaremos tan sólo en este comentario la ignorancia en que, en lo que se refiere al espíritu de independencia que anima a estos pueblos, parece vivir el autor del mensaje cuando sostiene que Estados Unidos podría extender a toda la América latina el *bien* que hizo a Nicaragua.

Los pueblos de la América latina—en cuyo núcleo nos contamos—poseen un concepto y un culto tan hondo de la soberanía que ningún Estado de la tierra podría destruirlo, porque no sólo es consecuencia de vigorosos sentimientos nacionalistas sino también de la conciencia de la propia capacidad para la vida libre.

De ahí que no necesitamos, ni aceptaríamos jamás los beneficios que pretendiera otorgarnos otra nación, si a cambio de los mismos tuviéramos que permitir su intervención en los asuntos y en los intereses nacionales. El pueblo de Nicaragua—estamos seguros, a pesar de la afirmación de su gobierno—piensa lo mismo y sabe que tendrá que experimentar los efectos dolorosos de una verdad que no ha negado, pero que ha sido incapaz de sostener como un solo hombre en el sacrificio heroico de la resistencia.

Para las naciones de América hay un bien supremo cuya pérdida no podría compensar ninguna ventaja material: la independencia. Que no ignore esta verdad ningún gobernante americano para que tenga conciencia de la grave responsabilidad que contrae, si la olvida, ante el juicio del pueblo y de la historia.

HACE año y medio nos llegó a casa desde Colombia un libro del cual tenía yo alguna vaga noticia por las notas bibliográficas pellizcadas aquí y allá sobre el tomo en cuestión. Acompañaba a la novela—pues de ello se trataba—una carta muy cariñosa, que contesté en igual tono, dado el evidente desinterés, la lealtad y la recta estimación que campeaban en aquélla.

Cambié con el autor algunas cartas más. La simpatía del escritor no alcanzaba exclusivamente al colega distante. En casa se recibieron folletos del Museo de Historia Natural de los Estados Unidos (el autor se hallaba entonces en aquel país), suscripción por no sé cuántos años a *magazines* de viajes y aventuras y últimamente una primicia literaria: *El puente de San Luis Rey*, que constituía en esos momentos un éxito de librería.

El nombre de este escritor era tan familiar en nuestra casa que la perspectiva de conocerlo un día, en un siempre retardado viaje al trópico, formaba parte de nuestro sentimiento de familia.

Esto era ayer. Hoy, tras un brusco telegrama de la prensa que anunciaba su repentina enfermedad, un despacho de Nueva York nos informa de la muerte de José Eustasio Rivera, autor de *La vorágine*.

De él se trataba, en efecto. No es comprensible una amistad como la nuestra, creada por breves cartas, con tanta agua y tierra de por medio, sin un lazo, sin un foco bastante cálido y poderoso para unirnos en un solo afecto a través de la tierra y el agua que nos separaban. Este foco alimentábalos: en él, una leal estimación confirmada desde la primera línea de su carta inicial; en mí, una admiración sin límites por el extraordinario poeta de *La vorágine*.

Anoto expreso la expresión poeta, tratándose de un novelista, pues *La vorágine* es eso, por encima de sus grandes calidades: un inmenso poema épico, donde la selva tropical, con su ambiente, su clima, sus tinieblas, sus ríos, sus industrias y sus miserias, vibra con un pulso épico no alcanzado jamás en la literatura americana.

Por una rara virtud—no tan rara, si bien se mira,—tal vez no fué la evocación de la selva el punto de mira esencial del novelista al planear su libro. Si bien Rivera conocía tal ambiente por sus largas temporadas de vida en el monte, le era extraña la gran selva ecuatorial. Como miembro de la delegación de Colombia partida a delimitar las zonas que desde los tiempos de la conquista disputaban Ecuador, Perú, Brasil, Venezuela y Colombia, el novelista conoció, con una dureza de vida, que las miserias de sus personajes transparentan, lo que es la selva al desnudo, viva y palpitante, sin afeites retóricos.

Pero conoció también, en su misma entraña tenebrosa, la explotación del caucho, no bastante execrada, a lo que parece, en las denuncias que hace años se conocieron y se siguen conociendo todavía con el nombre de «Los horrores del Putumayo».

Donde dice Putumayo léase también

El poeta de la selva:

José Eustasio Rivera

—De La Nación. Buenos Aires—



J. E. Rivera

Vichada, Isana, Vaupés. Inírida, Amazonas, Guainía, y se tendrá el campo de acción de los caucheros, sólo para Colombia.

Un toque de rebato sobre aquellas denuncias de lo que pasaba en el Putumayo fué, sin duda, el objetivo que tuvo Rivera por delante al escribir su novela. Se necesita para sentir esos horrores, que ni rozaban siquiera su traje de hombre de fortuna, uno de esos corazones que se van haciendo raros en los hombres de letras. Y necesitaba también, por su misma condición de hombre altamente vinculado al mundo y la política, de un valor singular para atacar la banca cauchera, que en desquite podía sofocarlo sin el menor esfuerzo.

Pero si el hombre de temple se detuvo entre el Isana y el Guainía, junto al Guaracú, jugando su nombre y su vida a la redención de unos cuantos miserables, su temple de artista abarcó el trópico entero, para lanzar, por decirlo así, a los ojos mismos del lector el panorama inmenso, torrentoso, mefítico y nefasto de la hoya amazónica.

No hay pasión de sus personajes que la selva no haya azuzado hasta el delirio como una vasta terciaria. No hay en la novela agonía de mortal alguno que la selva no haya sufrido con dolor dual desde que el hombre penetró en ella a desangrarla.

¿Cómo logra el novelista mantener en

constante palpitación de vida una zona que abarca desde el Cauca al Casiquiare y desde el Atabapo al Maraón?

No son muchos los personajes de *La vorágine*. Pero es tal el movimiento de su acción que en un instante dado de la novela, en cualquier momento, mientras tales personajes descienden al Curicuriari en jangadas, otros, a quinientos kilómetros de los primeros e íntimamente ligados a ellos por el mismo drama, fuerzan a la sirga los raudales del Inírida, en tanto que más lejos otros personajes remontan en piragua las fuentes del Vichada, y más allá aún otros cruzan el desborde del Vaupés echados de pecho sobre un tronco que impulsan con las manos entre la espuma, a falta de remos.

La pasión de los personajes, la pasión de la selva y de la acción misma laten con tan cruda vida que no es indispensable haber apurado nunca el vaho de la selva para sentirla remontar hasta las mismas narices. Se respira selva: tal es el soplo épico de su evocador, y tal la energía de su expresión.

Entre los caracteres delineados al buril de *La vorágine* uno de ellos resulta con extraordinario relieve: el de Arturo Cova, su protagonista. Para conseguir dicho relieve su creador ha recurrido al mismo resorte con que animó la selva: la verdad sin trabas, la realidad aguda y punzante hasta la alucinación a veces. Ni un solo velo sobre el carácter de Cova: impulsivo, sentimental, voluntarioso, retórico, honrado, borracho, generoso. Todos sus defectos y virtudes se resumen en la primera frase del libro con que el protagonista inicia el retrato:

«Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia.»

Violencia, en efecto; violencia en el corazón y en el carácter, en el ambiente, en la expresión, tal es el metal viril con que se ha forjado *La vorágine*, y que moldeó también sus flaquezas de escritor.

Entre sus críticos más de uno ha emitido la probabilidad de que la ficción del protagonista no fuera tal ficción.

«Desde que he leído su libro—decía yo a Rivera en mi primera carta—no logro arrancarme a Arturo Cova de la cabeza». Y no por razones de simpatía al personaje, puede creerse, sino por la tremenda cantidad de vida que supo infundirle su animador.

Evocador de ambiente, creador de caracteres: nada, ni siquiera la varonil belleza faltó al gran escritor. Su aliento épico no lo poseyó novelista alguno en América. Y pasarán muchos años antes que nuestro continente dé a luz un poeta de tal valer.

En los instantes en que escribo estas líneas el correo trae a casa una nueva revista remitida desde Nueva York por Rivera. Triste cosa es esta póstuma y viviente ofrenda de amistad, cuando ya comentamos su nombre como una gloria del pasado.

En su última carta Rivera me hablaba de la probabilidad de hacer aquí una edición de *La vorágine*. Según sus deseos, yo debía prologar el libro. Ahora lo hago, grande y pobre amigo. Pero no como tú lo esperabas.

Horacio Quiroga

Repertorio Americano

El Convivio

La Edad de Oro

Me hago cargo de conseguir números atrasados, completar tomos y colecciones, con el editor J. García Monge, a precios corrientes.

MIGUEL OLIVARES

En la Imprenta Alsina.

Aunque Fernández Almagro ha rendido ya en estas columnas el debido tributo necrológico a Enrique de Mesa quiero añadir algunas palabras amigas a la corona fúnebre del poeta castellano, y ya que no puedan ser flores, cual yo quisiera, sean al menos las hojillas que sirven a las flores de sostén y de fondo en la guirnalda.

Otro poeta, Enrique Díez Canedo, ha dicho, hablando con la abundancia cordial de una amistad fraterna, que Enrique de Mesa no podía disociar al poeta del hombre. Me parece muy justa esta observación, que alude a la correspondencia entre las nobles partes del carácter y los altos dones de la inspiración poética. Esta correspondencia no se da siempre. Admiramos a escritores a quienes no podemos estimar como personas. Parece que los bellos hijos de su fantasía o las creaciones luminosas de su inteligencia son frutos de un ente moral que murió, que sucumbió a las tentaciones o en las borrascas de la vida, de una personalidad o un yo que debió de existir en aquel claro ingenio, que nos contrista con el espectáculo de un carácter sin dignidad y sin nobleza. Y aunque ello no disminuya en un ápice el aprecio debido de la obra literaria, nos deja el malestar y amargor que producen las cosas incompletas. ¡Qué lástima de talento! pensamos, aunque el caso de desequilibrio no despierte en nosotros una severidad iracunda, sino que se acoja a las indulgencias lícitas de la amistad o a aquella comprensión de las flaquezas humanas, que es una de las medidas y escasos frutos de la experiencia de la vida.

Mas en Enrique de Mesa se daba la armonía feliz entre el carácter y las dotes artísticas. Era un caballero y un hombre cabal, que no escuchó a ninguna de las brujas que salen al camino a ofrecer al hombre de ingenio los triunfos de la vida material, como aquéllas que saludaron a Macbeth con título de rey. Venía Mesa de noble familia, y como si en él se cumpliera esa dudosa y eventual selección patricia, que es el mejor fruto que pueden dar las aristocracias, fué un modelo de desinterés, de delicadeza moral, de rectitud austera, ajena a toda afectación e hipocresía. Él, tan enamorado de Castilla, era un tipo de castellano leal, adornado de las viejas virtudes del terruño. Su curiosidad erudita le llevó a estudiar con amor a los poetas de los viejos Cancioneros. Dijérase que la conversación con estas sombras de antepasados suyos en los lugares de las musas le había impregnado del espíritu caballeresco que animó a algunos de ellos, no a todos, naturalmente, pues entre los poetas de entonces, como entre los de todas las épocas, había nobles caracteres y truhanes, y le impulsó a hacer de la vida una trova cumplida, a vigilarla como se vigila el verso.

Estas aficiones eruditas propias del buen aficionado a las letras no impedían que Enrique de Mesa fuera hombre de su tiempo en las ideas, en las concepciones generales y en el espíritu cívico. Ofrecía su estilo, principalmente en la prosa, y dentro de la prosa, en la crítica, tal cual veta arcaizante, residuos que deja la lectura, y se comprende sin esfuerzo que después de oír el chabacano y pedrestre lenguaje que priva en los escenarios las viejas palabras de noble pátina acudieran como en desquite a la pluma del poeta con su magia compensadora.

Un poeta y un hombre

=De La Voz. Madrid=



Enrique de Mesa

Enrique de Mesa como poeta lírico ofrecía el caso feliz de la tradición, que es ante todo continuación, elaboración nueva de los valores heredados y no copia servil y caduca. Mesa era en nuestra actual poesía el heredero de los poetas de la época de D. Juan II, del Marqués de Santillana, de Gómez Manrique, mas no su copista o imitador. La poesía de Mesa habla en la lengua presente y expresa sentimientos vivos con matices actuales, no es el reflejo erudito de los decires de antaño.

La obra poética de Enrique de Mesa no es copiosa. Sus poesías completas, las publicadas, se podrían encerrar en un volumen. La poesía, exquisita flor literaria, no necesita de la cantidad, mientras que en ella la calidad es más esencial todavía que en los otros géneros de literatura, pues sabemos desde Horacio que las musas no toleran la mediocridad. En el poeta no cabe la honrosa medianía. La obra poética de Enrique de Mesa le promete un lugar en la historia literaria y le coloca a mi parecer, en el cuadro de la poesía actual en puesto

próximo al de Antonio Machado. Se podría decir, siguiendo el conocido símil, que el vaso de Enrique de Mesa era pequeño, pero encerraba las más puras esencias de la poesía. Expresó magistralmente las líneas y colores del paisaje castellano, especialmente de la región serrana, donde Juan Ruiz y el Marqués de Santillana toparon con las vaqueras garridas que cobraban sus alcabalas de amor. Y no es sólo la configuración y el colorido lo que sorprende esta poesía, que no es descriptiva, en los valles y montes de Castilla, sino el espíritu del lugar, el *génies loci*. El amor, los afectos domésticos y también los acentos de la musa civil, menos frecuentes, figuran en el ramillete poético del autor de *El silencio de la Cartuja*.

Próxima a publicarse estaba, y nadie pensara que fuese a resultar póstuma, su obra *La corte poética de los Trastámaras*, de la que había adelantado hace años en *El Imparcial* algunos fragmentos, por los cuales puede juzgarse el amor con que Mesa había emprendido este atrayente estudio de historia de la literatura.

Aquel aspecto de su actividad literaria era el menos conocido. Mucho relieve y notoriedad alcanzó en cambio en los años últimos su labor de crítico de teatros, ejercida con una severidad que nadie pudo tachar de parcial o arbitraria, aunque a los lastimados les pareciese excesiva. Mesa no era hombre de genio agrio y adusto, sino cordial y expansivo. El vigor de sus críticas teatrales, fué sin duda, la reacción del buen gusto no sólo contra los extravíos y plebeyismos, sino

contra las farsas o simulaciones de la farsa, pues en ningún lugar se da gato por liebre con tanta frecuencia como en el tablado en complicidad con todos los atractivos sensuales del espectáculo. Un poeta delicado como Mesa difícilmente puede ser un crítico benigno, por las heridas que recibe su sensibilidad en las veladas de Talía y compañeras más o menos mártires de los malos autores. Hay ocasiones en que hace falta una crítica dura como reactivo contra osadías y torpezas que hacen temer que se ha perdido el comedimiento o el respeto literario y casi el rubor. El ejercicio embota o aminora al cabo del tiempo estas reacciones, y es probable que la crítica de Mesa se hubiera ido resignando o desalentando en el ambiente de la dramaturgia actual.

Gran dolor para los amigos de Mesa el de la despedida, más conmovedora por lo inesperada. Y al dolor se junta la angustia de saber que este poeta insigne no deja a los suyos otra herencia que su claro nombre.

Andrenio

Una sensible pérdida

=De El Sol. Madrid=

Yo no puedo separar, cuando recuerdo a Enrique de Mesa, al poeta del hombre. Pienso que todos los poetas han de tener en su vida de hombre algo que corresponda exactamente a su fisonomía espiritual; que aun en los más fantaseadores e imaginativos debe existir un nexo entre la ficción y la íntima y señera per-

sonalidad humana. No lo concibo de otra manera. Pero en muy pocos se hallará esa perfecta emoción que los amigos de Mesa encontrábamos entre el hombre y la obra.

Son muy duros los momentos porque pasan ahora cuántos le querían y no los más a propósito para discurrir con tranquilidad. Se aleja

de nosotros demasiado bruscamente, dejándonos, con el dolor, la atonía de la sorpresa. Los que ayer mismo estábamos junto a él, sin pensar en más porvenir que en el inmediato, que ya para él no ha de cumplirse, tenemos que reflexionar serenamente, razonarnos para llegar a su convencimiento.

Así es, no hay duda. Ya no está a nuestro lado, compartiendo nuestras preocupaciones, nuestros anhelos; entregado como ayer a la tarea diaria, en que ponía él todo su señorío, toda su severa preparación, toda su invencible franqueza, todo su inquebrantable amor de la verdad y de la justicia.

Una larga amistad, anudada desde los primeros pasos por la senda elegida, inalterable al correr de los años, me ha mantenido al lado de Enrique de Mesa en todo tiempo: le he visto en el trabajo y en el ocio, en el goce y en el sufrimiento; he conocido sus anhelos y sus desilusiones; sé que jamás le animó un sentimiento bajo; y todo esto lo hallo nuevamente en sus versos, al buscar en las páginas de estos libros que se llaman *Cancionero castellano*, *El silencio de la Cartuja*, *La posada y el camino* una prolongación de su compañía, un refugio contra el dolor. Dicen dos versos suyos:

Un día así para mí muerte:
el cielo azul, caliente el sol...

Los versos me llevan otra vez a la idea de que quise huir.

En más de una ocasión he tenido que escribir acerca de la poesía de Enrique de Mesa. Repasando algo de lo que dije, veo que nada tendría que modificar ahora en mi apreciación. He visto siempre en él al clásico de hoy, esto es, al poeta en quien el idioma tiene la virtud naciente que se observa en los clásicos, y no la afectada compostura del que los imita. He visto en él al poeta español que, por encima de las cualidades que debe a su tiempo, ostenta las que brotan en él de su raza. «Español es todo en este poeta—escribí no hace mucho (¿para qué voy a buscar en este momento palabras distintas?)—: su austera aridez, su jugoso aroma de tierra humedecida por regatos de agua de nieve, su impulso vital y su anhelo de morir («de ser cadáver español»), la dura precisión de su palabra y la sonora fluidez de su canto.»

Los versos de Enrique de Mesa son claros de visión; no dan sensaciones complicadas y son, en verdad, más altos que hondos. La pureza del aire serrano, que él respiró con deleite, parece haberseles comunicado, quedándose para siempre en ellos. Su poesía, tan noble por el espíritu, es tan vivamente sensual en su forma, que da la sensación de un cuerpo gallardísimo vivificado por un alma elegida.

Rozagante y ataviada con alta nobleza de giros y vocablos, su prosa tiene análogas cualidades de solidez, así aquella que le servía para evocar sombras, paisajes y figuras en *Flor pagana* y *Andanzas serranas*, como esta en que, después del teatro, escribía sus impresiones de crítico.

Si se mira con atención la crítica teatral de Enrique de Mesa se advertirá que toda ella está oreada por aire de cumbres. Anda difícilmente por atajos y vericuetos; le gusta el camino real, la senda clara. No transige con lo mediano; y su intransigencia, mostrada en términos rotundos para evitar el equívoco, parece más violenta por su acendrada forma de expresión. Si el ejercicio de la crítica da fisonomía de luchador al que ha de practicarla y la palabra en él es comparable a un arma,

Enrique de Mesa no puede ser un flechero en cuya saeta, clavada en el blanco, tiemblan aún vistosas plumas; es un terrible hondero que jamás falla el tiro. Pero Enrique de Mesa, en el fondo, es un paladín enamorado de una soberana señora, la perfección, y en su demanda corre los campos batiéndose con endriagos y gigantes.

Su cultura clásica es verdadera y profunda. De nuestro teatro no se limita a conocer las obras más divulgadas, o unas pocas halladas al azar. Sabe de Lope y de Tirso, de Alarcón y de Vélez de Guevara, tanto como pueda saber el que más sepa. Cervantes le asiste con una sentencia, con un epíteto, con una comparación, en cuanto le invoca. Ha estudiado los poetas del tiempo de los Trastámaras, y en ellos se puede ver, además de sus verda-

deros antepasados líricos, a sus maestros en la sátira. Su temperamento combativo tiene afinidad con el que armaba las agudas rimas de entonces.

Cuando se reúnan en tomo los estudios de Mesa sobre el teatro contemporáneo español se verá al crítico duro en el comentario por anhelo de perfección. Se verá de una vez lo que ataca y lo que defiende. Defiende la manifestación de la personalidad, el arte de la composición, la gracia y la fuerza de la forma. Cuando no las encuentra no se conforma con sustitutos. Si se equivoca, se equivoca de buena fe. Su intención es siempre alta.

Pero ya el luchador reposa; ya el poeta va a descansar «bajo la tierra parda»; ya el amigo no dejará en nuestra mano la presión de su mano leal.

Enrique Díez-Canedo

La posada y el camino

=De La Voz, Madrid=

¡Qué bello título! Parece un verso suelto. Posada y camino evocan naturaleza y literatura, realidad y fantasía, Castilla y Don Quijote.

Así es *La Posada y el camino*, como con acierto titula su libro de versos el poeta de *El Cancionero castellano* y de *El silencio de la Cartuja*.

He leído con arrobo los versos del castellano de la capa parda, y quiero charlar un poco con mis lectores de este librito de Enrique de Mesa.

Nada de crítica. Aquí está Díez Canedo, que además de crítico es poeta, y sabe hacerla, y la esperamos con anticipado regodeo los que admiramos a los dos Enríques.

Yo no soy crítico. Soy un lector que cuenta en alta voz sus impresiones, que no puede callar lo que le rebulle por dentro y un periodista que se acoge al sagrado de la crítica—ya he dicho que no lo es lo que yo, que no soy crítico, escribo—para poder vivir en paz de lo que se escribe, aspiración humilde, que no siempre se logra, aun acogiéndose a faenas ajenas a mi técnica y estudios, no a mis aficiones.

Los versos de *La posada y el camino* son clásicos por su estructura.

Romances, cuartetos... Nada de piruetas, de ultraísmo en la métrica y en el lenguaje. Son castellanos puros de casta, y, sin embargo, no son meras imitaciones de lo antiguo, y menos de lo anticuado. Sin que se eche a perder, antes gana en sabor y en olor, el vino nuevo, lo embala en odres, vasijas, tinajas viejas, y lo sirve en jarras, escudillas, y copas fabricadas con barro de la tierra.

Es moderno, muy moderno este poeta. Si toca instrumentos usados por los antiguos, y los tañe con destreza no canta lo que ellos; aunque a veces, cante como cantaban.

Otra eximia calidad de este poeta es que su Castilla es tal y como él la ve directamente con sus ojos; no es la Castilla mito, la Castilla contrahecha por los libros.

De cuantos poetas contemporáneos la cantan en sus versos, Antonio Machado y Enrique de Mesa son mis predilectos.

Las descripciones que Castilla pinta en *Camínera* y en *Tarde de Castilla*, por ejemplo, para con citas apoyar mi aserción, son perfectas.

Mas este poeta no atiende únicamente a lo externo, a la fisonomía de las personas, al paisaje de los campos, sino que ahonda, bucea, busca el alma de la región:

¿Dónde la Castilla de los Comuneros?
¿Cuándo el claro día, fuerte y español?
Hoy Castilla duerme... Mas sus terrazgueros
con el alma libre surgirán al sol.

Al contrario de Costa, quien, aunque luego rectificó, aconsejaba dar doble vuelta con la llave del sepulcro al del Cid, Enrique de Mesa lo llama, anhela resucitarlo y confía en que el espíritu del Campeador despierte a su dormida Castilla.

Claro es que Mesa se atiene más a la leyenda que a la Historia, comprendiendo que lo valioso del Cid no es lo que fué en realidad, sino lo que de él han hecho los romances, la tradición, el democrático anhelo de los hombres, mujeres y chicos de su tierra:

Viejo Cid, ¿acaso nunca
resurgirás de la huesa,
a un empujón de tus hombros
despelmazando la tierra?

Mira del tosco villano
las cortesanas zalemas,
al señor, sin señorío,
y alcorzada la realeza.

En *Balada de sangre* atiende imprecaciones de Costa:

Pastor, empuña tu cayada:
la aurora en sangre clareó.
Apareja, vaquero, tu honda,
Terruñero, aperece tu hoz.

La tierra, de quien la cultiva;
el grano, de quien lo sembró.
Las manadas y los rebaños
sólo saben tu silbo y tu voz.

Lirismo puro y arte deshumanizado hay en otros muchos versos como éstos:

El campo, sediento;
la nube, de paso;
un cielo azul, desesperante y limpio,
y un rojo sol en el ocaso.

Llegará la noche,
lucirá la estrella...
Y el campo seco velará, soñando:
¿Dónde la nube aquella?

Abunda la belleza en este libro como el romero en la sierra. A Madrid, patria del poeta, le toca bailar con la más fea, no porque haya fealdad en los versos que a su pueblo dedica Enrique de Mesa, sino por haber salido éste

para ver las afueras de la villa por los sitios más secos, áridos, polvorosos y yermos, en vez de mirar por donde vió Goya, o pasearse por la Casa de Campo, la Moncloa y la Dehesa.

Encabeza el libro una poesía, *El poema del hijo*, que me parece digna de figurar en lo futuro en esos volúmenes formados con las cien mejores poesías castellanas. Es una preciosidad. Por la forma, por algo sutil como el perfume, se hermana con parlamentos del *Peribáñez*, con las *Barquillas*, con el *San Isidro*

y con romances de Lope de Vega, y con romances y letrillas de Góngora; pero tiene lo que no abunda en nuestra vieja poesía: ternura.

¿Asunto? Nada. El paseo de un padre con su hijo-niño por el campo.

¡Qué poesía! ¡Qué emoción! El padre siente como una madre, pero no es femenino. Tan bella es la poesía ésta, que, aunque Enrique de Mesa no hubiese escrito otras ni escribiera más, tendría un lugar distinguido en el Parnaso español. Así lo creo y así lo escribo.

Roberto Castrovido

Poesías de Enrique de Mesa

=De la obra *La posada y el camino*. Versos. Madrid=

El poema del hijo

A Diego de Mesa

Cae la tarde dorada
tras de los verdes pinos.
Hay en las altas cumbres
un resplandor rojizo,
y el perfil de los montes
se recorta en un nimbo
de luz verdosa, azul, aurirrosada.
En el añil el humo está dormido.

Quieta la tarde y dulce.
—Ven al campo, hijo mío:
comeremos majuelas,
iremos al endrino,
te alcanzaré las bayas de los robles,
y, en aquel regatillo
de los helechos, cogerás las piedras
y cortarás los lirios.

Entre mi mano, suave,
su manecita oprimo,
y avanzamos parejos
por el albo camino.

Los cuencos y colodras
del viejo cabrerizo,
llenando va la ordeña
con blanco chorro, mantecoso y tibio.
Y la leche, aromada
de menta y de tomillo,
sus fragancias esparce
por el verdor ya seco del aprisco.

—¿Tienes hambre? Si vemos
al pastor de los chivos,
al que en las «Maribuenas»
la otra tarde te dijo:
«Vaya un zagal con los ojuelos guapos»,
llámale y le pedimos
una cuerna de leche
y el cantero de pan que te ha ofrecido.

Es tarde. Los trucheros
se recogen del río;
cubren con sucias ropas
los cuerpos renegridos,
y, entre la maya de la red, platea
la pesca que rebosa del cestillo.

De su pinar se tornan los hacheros:
aire lento y cansino;
en los hombros, las hachas,
y en sus gastados filos,
un reflejo fugaz, que a ratos hiere
los semblantes cetrinos.

Se acercan. —Buenas tardes.
—Vaya con Dios, amigo...
—¿Pero no los conoces?
El de la ajada es Lino,

el que la otra mañana
trajo al Paular el nido,
el que baja en el carro de sus bueyes
los troncos de los pinos...

—¿Te fatiga la cuesta?
Descansaremos, hijo.
Aquí, no; más arriba,
que ya se siente la humedad del río.

La espesura del roble
va cerrando el camino;
se oye el graznar de un cuervo
y un lejano silbido.

—¿Por qué te paras?... ¿Tiemblas?...
¿Acaso sientes frío?...
¡Ah, ya... Caperucita...!
No temas; vas conmigo.
El lobo vive lejos
y es generoso y noble con los niños.

Finge un céfiro blando
misterioso suspiro;
el pipiar de las aves
ha cesado en los nidos.

—¿Qué te lleve en mis brazos?
¡Siempre acabas lo mismo!
Agárrate a mi cuello:
no sueltes y te caigas, hijo mío.

No siento la materia:
es aire y luz mi pensamiento limpio.
De la carne desnudo,
llevo al viento el espíritu.

—¿Vas bien?... No me responde.
Como el humo en el aire, se ha dormido.
¡Ay, deleitosa carga,
de mi cansancio alivio!

Dulzamara

V

Tras la yunta, que gobierna
mi mano de labrador,
solitario allá en mi serna
sembré los surcos de amor.

Con llanto le di tempero,
claro sol lo hizo brotar;
hoy, ya vencido el enero,
debo su mayo segar.

De la simienza lograba
áurea espiga, grácil, sola.
Junto a su pie rojeaba
la sangre de una amapola.
¡Yo que, soñando, veía,
como premio a tanto afán,

que mi troje aromaría
la fragancia de su pan!

De aquella espiga divina,
dorada en su graznazón,
va moliendo amarga harina
la muela del corazón.

VI

El campo, sediento;
la nube, de paso;
un cielo azul, desesperante y limpio,
y un rojo sol en el ocaso.

Llegará la noche,
lucirá la estrella...
Y el campo seco velará, soñando:
¿Dónde la nube aquélla?

VIII

Saben pastores y arrieros
el camino que seguí:
iba cara a los luceros
vertiendo llanto por ti.

¡Sendero en la barrancada,
caminito del amor
aquella tarde, aromada
con nuestras ansias en flor!

Lejos, la azulada sierra.
¿No te acuerdas, alma mía?
Color de sangre la tierra
bajo la turquesa fría.

Hoy, caminante en la sombra,
ni vacilo ni me pierdo:
todo lo aclara y lo nombra
la magia de tu recuerdo.

Pero marchó, trajinero
sin moneda en el garniel,
pobre y triste colmenero
despojado de su miel.

Serranilla

Va se partió el zagal mío:
sentí balar a mi puerta
su rebaño travesío.

Mañanita de San Juan:
hay un revuelo de alondras
sobre las siembras del pan.

Rocío de la alborada
reluce en los pastizales
sobre la hierba mojada.

Cuando rayaba el albor,
cruzaron la barbechera
los mozos, a su labor.

Caminaba mañanero,
por la senda de los pinos,
hacia la corta, el hachero.

No te encales, mi zagal:
patrañas son de las viejas
lo de la Pascua marzal.

No ha de decirte el vaquero
que emparejo en el ejido
con el mozo sobrancero;

que anoche marchó, a la balda,
por esos campos, radio,
con su fardel a la espalda.

Si nos queremos los dos,
el mozallón de los bailes
vaya bendito de Dios.

Nos daremos por estrenas:
tú, la leche de tus cabras;
yo, la miel de mis colmenas.

Que pasará la otoñada,
y cantarán los molinos
con la cosecha lograda.

Y ha de venir el casar
allá cuando el nochebueno
dé su lumbré en el hogar...

He de seguir tu rebaño
al robledal del otero,
donde sesteas hogaño.

Te buscaré entre las breñas,
junto a las gleras del río,
donde las cabras ordeñas.

¿Adónde fuiste, pastor,
que no logro hallar tus pasos
en las trochas del alcor?...

Suena en el aire un cantar:
«No trasvuelas por la vega;
tórname a tu palomar,
paloma palomariega.»

Era...

Era
su mano blanca
como una rueca
que devanaba
el hilo dulce de mi quimera.

Ya no gira
la rueca.
Y el albo copo del divino ensueño,
trémulo, espera
la mano blanca
—cristal, lirio, azucena—
que dé al amor el lino
de sus madejas.

A una niña

Si te conocí capullo
quiero conocerte flor:
albarada que así ríe
promete espléndido sol.

Romperá la primavera
de tus gracias el botón;
serás, en tu mediodía,
gaya pompa de color.

Contemplarás verdecido
lo noble del corazón;
sabrás que lo bello brota
por influjo del amor.

Y si al llegar al ocaso
te ves triste, como yo,
sueña en ver al sol abierto
el capullo de otra flor.

Perdurable

...Y el corazón, henchido de ternura,
que no escapaba por la abierta herida,
llamó a otro corazón—fuego y dulzura—
al promediar la vida.

Caminante cansado de un camino
de amores sin amor,
al corazón, doliente peregrino,
le detuvo el aroma de su flor.

Y al verla, el corazón dijo: «Es aquella
la única flor que quiero.»
Y la flor se ofrecía, roja y bella,
bajo el rayo de amor de su lucero...

Dijo el vivir: «En marcha, peregrino.
Andar sólo es tu suerte.»

El corazón, al borde del camino,
junto a su flor, aguardará la muerte.

Estampas

El Mirador es en este trillo sobre el espinazo de la cordillera el punto desde el cual aparece de pronto ante nuestra pupila el valle de Talamanca. El panorama es espléndido y nos sume en una atenta y honda contemplación. Estamos ante un valle de Costa Rica. En él pereció una raza y una civilización indígenas. El suceso lo hace arrastrar una tradición llena de tragedia. La fiereza y crueldad que aquí se sacaron del alma los conquistadores españoles y los piratas ingleses parecen haber seguido errabundas por el valle, al atisbo de seres en quienes morar. Y el dolor del indio parece sentirse como un látigo vengativo que va acotando esos males de la conquista hasta obligarlos a sumirse en vida humana. La lucha se siente desde esta altura.

Descendemos por la cuesta de El Mirador y al acercarnos a la llanura el ambiente es más propicio a la reflexión. El valle ha recibido la civilización: un ferrocarril lo cruza por todos los rumbos. La astucia del rubio que lo construyó haciendo escarnio de nuestras prohibiciones legales, lo llama tranvía. ¿Qué tendrá de tranvía este ferrocarril?

preguntamos, observándolo en la descarga de mercaderías. Es una locomotora, lo que vemos, que consume petróleo y arrastra tres carros de pasajeros y dos de mercaderías. El que se acerca por aquel ramal consta de ocho carros repletos de racimos de banano. La vía es del mismo ancho que la usual en todo ferrocarril. ¿Qué tendrá entonces este ferrocarril de tranvía? El país lo soporta desde hace veinte años como una burla a sus leyes. Lo construyó la United Fruit Company, la hidra del banano, es decir, prolongó el que tenía construido en territorio panameño. Levantó a la vez un puente sobre el Sixaola para uso de ese ferrocarril, y no consultó al país, ni los hombres del país despertaron de su alérgico letargo para detener el irrespeto de la Compañía.

Ah! es que era civilización lo que se regaba por el valle! Y tenían razón los que así pensaron. Cómo es de brillante, de transformadora la civilización impuesta por este ferrocarril disfrazado de tranvía. El valle es hoy un inmenso latifundio de los dadores de esta civilización. Y un latifundio pasado por el Registro de la Propiedad, para hacerlo



Francisco Rodríguez Ruiz

Carbón de Eginhard Menghius.

Rumbo a París, en vía de estudio y trabajo, al fin salió en estos días nuestro amigo y colaborador Francisco Rodríguez Ruiz. Caricaturista, dibujante, pintor, ha escrito también algunos cuentos criollos amenísimos. Crezca en espíritu este amigo, y con ello la Patria; a la que —regreso o no— ha de honrar y servir con su ejemplo.

más estable y más pronto a la defensa. Nada ha respetado aquí la rapiña extranjera amparada y asesorada por el criollo. ¿Qué fué de las tierras de la Colonia de San Bernardo? ¿No fueron reservadas para concentrar en ellas a los indios acosados y dispersos? ¿No declaró acaso la ley que la creaba la inalienabilidad de las tierras? Sin embargo, todo el buen intento fué soplo vano. Por ellas acabamos de pasar y lo que allí fué flor recibió la explotación de la United Fruit Company, la que clava en ella férreamente su posesión y propiedad. ¿Cómo las obtuvo? Con ayuda del criollo sin escrúpulos que burla leyes y encuentra siempre el camino de la impunidad.

Y estos son los bienes de la civilización esparcida por el ferrocarril apodado tranvía. Cómo se sobrecoge indignado el espíritu cuando pensamos que en el otro lado de la cordillera, en la región fronteriza también, a los veinte años de civilización acecha la misma fuerza satánica y vil! En Golfo Dulce hay, como hubo aquí, tierras de pujante fecundidad que ya están alambradas y defendidas para que sobre ellas se asienten los agentes de esta magna civilización. Seguirán con ellas los mismos envilecidos procedimientos. Sentimos como si todo este valle en agonía nos aconsejara que pidiéramos al país la condenación tremenda del mal que adviene. De suelo panameño vendrá, si no nos llenamos de coraje para la defensa, el mismo insolente engaño del tranvía que es ferrocarril. Tenderán allá la vía y cuando lo juzguen propicio la harán cruzar la frontera y la distribuirán en ramales por sobre la región subyugada. Y la Compañía y el criollo que la sirve gritarán que es tranvía, porque, como este de Talamanca, no se ajusta al tipo *standard* de un ferrocarril.

Mas no, el país debe ser sensato y defenderse. Talamanca es una finca de la United Fruit Company. Golfo Dulce no debe serlo nunca. ¿Qué bienes ha traído el acaparamiento y explotación de estas tierras? Hacemos esfuerzos por encontrarlos y no vemos ni el remedo de ellos. ¿En dónde una escuela? ¿En dónde una población? ¿En dónde una cañería? ¿En dónde un tipo de hombre de alguna virtud? De aquí sólo se han sacado riquezas. Ahora el valle está agotado para la producción del banano y como son los civilizadores los que lo controlan, son ellos también los que lo dejan estéril para toda otra producción. Las tierras son de ellos a perpetuidad y pueden dejarlas en abandono continuo. El ferrocarril es de ellos y en los lugares en donde no han levantado la vía para arruinar al productor desafecto, dejarán cualquier día de correr trenes.

Es de ellos el valle! Con qué desoladora realidad hemos palpado aquí la humillación de este hecho! El banano lo llevan al embarcadero panameño y sale sin el control de Costa Rica. De allá introducen carros repletos de mercaderías y la aduana cumple con sentar un guarda dentro del carro para que presencie la entrega en cada comisariato. ¿Qué puede moverse aquí libre de la hidra?

INDICE

Legenda aut adquirenda



Hay ejemplares disponibles de estas obras:

Dr. B. Hollander: <i>Métodos y usos de la Hipnosis y auto-hipnosis</i>	3-50
Francisco Vera: <i>Evolución del concepto de número</i> . (De la interesante serie CUADERNOS DE CIENCIA Y DE CULTURA editada por LA LECTURA. Madrid).....	1-50
José Xandri Pich: <i>Los centros de interés</i> (2 tomos pasta). Ensayo de adaptación de un método científico de enseñanza. 2º grado de la Escuela Primaria.....	4-50
Rodolfo Lenz: <i>La oración y sus partes</i> . Un vol. pasta.....	10-00

De las muy acreditadas ediciones *Babel*:

Leopoldo Lugones: <i>Nuevos estudios helénicos</i>	4-00
Marco Aurelio: <i>Pensamientos</i>	4-00
Horacio Quiroga: <i>El salvaje</i>	4-00
J. Fitzmaurice-Kelly: <i>Manual de la Historia de la Literatura Española</i> . Trad. de B. Sanín Cano.....	4-00
Benito Lynch: <i>Las mal llamadas</i> . Novela.....	4-00
Leopoldo Lugones: <i>Cuentos fatales</i>	4-00
Luis Franco: <i>Los trabajos y los días</i>	4-00
Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en busca de nuestra expresión</i>	4-00
Roberto Gache: <i>Baile y Filosofía</i>	4-00
Clara Diana: <i>Atardeceres</i>	2-00
Antonio Espina: <i>Luna de copas</i> . Novela.....	3-00
Luis López de Mesa: <i>La biografía de Gloria Etzel</i> . Novela.....	5-00
Alex. Lipschütz: <i>Las secreciones internas de las glándulas sexuales</i> . El problema de la glándula de la pubertad. Madrid. 1928. (Un vol. pasta).....	18-00

Dirijase al Adm. del Rep. Am. Ap. X. San José.

Sólo el viento de las tempestades. Pero no son los hados lo bastante generosos para desatarlos en un empeño de exterminio. Talamanca es nada más que de la geografía de Costa Rica y no de su dominio. La escoria humana que la viene a poblar sólo despierta tragedias horribles. Son seres atormentados que dan su trabajo por el dólar que les proporciona el aguardiente y las piltrafas que se comen. Nada hay que deje de precipitarlos al crimen. La Compañía civilizadora contribuye con sus tabernas al envilecimiento del indio y del forastero.

Juan del Camino

Limón, 5 de Junio del 29

Tablero = 1929 =

Wall Street y nosotros

The Nation, la inteligente y vivaz revista hebdomadaria de New York, comenta detenidamente en su edición del día seis del presente, las insinuaciones atinadas que alrededor de ciertos negocios financieros desarrollados por Wall Street hizo desde las columnas de *El Tiempo* nuestro prestigioso colaborador Sanín Cano.

«¿Por qué el capital americano emigra en una proporción tan llamativa? — pregunta *The Nation*.—Un escritor colombiano cree haber dado con la respuesta. El señor Baldomero Sanín Cano subraya el hecho de que Arizona,

Esto es Talamanca. Lo mismo quieren hacer de Golfo Dulce. ¿Qué opondremos a esa tiniebla? ¿En dónde están los hombres de nuestro país que saquen resueltos sus vidas para contener el mal? Habría que hacer desfilar por este valle a centenares de costarricenses anhelantes de una patria erguida, para que sacaran limpidez para sus conciencias y fueran a organizar la defensa.

¿Quién viendo este tipo de hombre desgraciado que se forma entre bananales, mugriento, soez, alcoholizado, sanguinario, no pediría con prontitud que el Estado controlara todas las regiones del país que como Talamanca están expuestas por el abandono a dar tal generación? ¿Quién no pediría enseguida leyes que obligaran al capital explotador a beneficiar con sus rendimientos las regiones atrapadas? ¿Quién no demandaría que no se abriera un palmo de tierra más a estas explotaciones sin control, brutales, irrespetuosas de las leyes del país?

Mas ¡ay! contengamos las reflexiones mientras vemos discurrir ondulantes las aguas de este río Sixaola. Allí no más, en la otra margen, es ya suelo panameño, refugio de los perseguidos de la justicia y de los hombres. Nos acomodamos en la canoa de un indio y le damos el rumbo de Yorkin. Va deslizándose su canoa contra la corriente del río y lo hace con gracia y habilidad. En los sitios peligrosos por la falta de agua y la abundancia de piedras se lanza al agua y dirige desde allí. Algún deleite nos causa la travesía. Llegamos a la desembocadura del Yorkin y es todavía Costa Rica, pero en la geografía nada más. Estos son confines sin ley. Sólo desolación ostentan. Regresamos y para no sentir de nuevo el sosiego engañoso que el valle hace llegar a El Mirador, cogemos la vereda que nos lleve al mar.

Respiramos aire salado. Se nos va un poco de la opresión que Talamanca nos fué infundiendo. ¿De dónde venimos? De un valle en donde siguen cerniéndose los espíritus que tanta tragedia despertaron durante el período sombrío de la conquista. De un valle que figura en la geografía patria, pero del cual conocemos tan poco que lo hemos abandonado al dominio de una Compañía despiadada y repugnante.

Nuevo México, Montana y Wyoming, estados que en conjunto ocupan un área ligeramente mayor que la de la república de Colombia, tienen un promedio de población de tres habitantes por milla cuadrada, o un poco menos. En Colombia, a quien nos hemos habituado a mirar como una selva virgen, habitada principalmente por boas constrictores, la población alcanza un promedio de 14.7 por milla cuadrada. ¿Por qué el capital yanqui no desarrolla los estados yanquis—pregunta el escritor aludido—en vez de mostrar su

irresistible impulso a emigrar a Haití, a Colombia, a Cuba y al Perú? Él piensa que Washington le ofrece al capital americano mejores garantías de protección en el viejo México que en New México, en Nicaragua que en Montana. La Casa Blanca respeta mucho más la soberanía de Arizona que la de Colombia. Arizona tiene sus representantes en el congreso que están dispuestos siempre a defender sus intereses contra los de los hombres de negocios de Nueva York. La sugestión no deja de ser mortificante, pero puede ser justa. Y hay en nuestro congreso gentes suficientemente estúpidas que se atrevieran a replicar: «Muy bien». Pero si así están las cosas, ¿por qué las naciones latinas no piden su anexión a nosotros?

«Por lo demás, el viejo método imperialista de la absorción política va adquiriendo una forma más atenuada que la de la anexión económica de estilo moderno.»

Es interesante ver cómo uno de los órganos de ideas más libres y elevados de la gran república saxo-americana, como *The Nation* acepta y aun amplía los puntos de vista mantenidos por un escritor independiente de Colombia—tal el señor Sanín Cano—frente a la expansión financiera de Wall Street. (El imperialismo sin dolor, que llamó Mr. John Carter en un libro reciente.)

(El Tiempo, Bogotá.)

Referencias:

Como nadie, León Tolstoy ha descrito ese estado de espíritu; y, entre otras, su obra *Resurrección* debe ser leída, creo que por todos los hombres, pero, en todo caso, por todos los futuros abogados, por cuantos puedan ser jueces, puedan ser fiscales, puedan tener que ver con criminales, con delincuentes y, en general, con desgraciados. La indiferencia con que ciertos hombres manejan el destino de otros, el estado de espíritu distraído, casi inconsciente, con que ciertos hombres imponen a otros el dolor, está allí descrito de un modo que yo no podría ponderar.—Cita de Carlos Vaz Ferreira.

Visible está que no me he propuesto aquí escribir memorias literarias ni siquiera recuerdos de mi pasado, a imitación de tantos modelos como se conocen y admiran, desde los *Ensayos* de Montaigne y las *Confesiones* de Rousseau (para no remontarnos a las de San Agustín) hasta las medianas memorias de Goethe (*Dichtung und Wahrheit*) y las incomparablemente más bellas de Chateaubriand, sin que esto importe preponer los *Mártires* a *Fausto*.—Cita de Paul Groussac.

Yo convengo en ello: la Ciencia, en definitiva, no es más que Fe. Nuestro gran Balmes tiene, hablando de esto en su obra sobre el Protestantismo, páginas que son una verdadera maravilla de sagacidad y de lógica... La Fe nos hace vivir; sin ella la vida sería insostenible.—Cita de Azorín.

Zorrilla de San Martín es un poeta, un verdadero poeta, un hombre que posee una imaginación riquísima al servicio de un sentimiento no menos rico que ella. Su poema *Tabaré* es uno de los pocos, poquísimos poemas escritos en lengua castellana cuya lectura he podido repetir, y en algunas de sus partes más de una y de dos veces.—Cita de M. de Unamuno.

La primera parte de la historia inacabada de Pío Cid, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español, Pío Cid*, es en el fondo una repulsa a las expansiones

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositorio del *Repertorio Americano*.

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina en el Pasaje Dent

TELÉFONOS:

2349 OFICINA

2208 HABITACIÓN.

civilizadoras, a las empresas de colonización. Como novela de aventuras, el ritmo es vivo y la acción intensa. Pero el tono lo da el espíritu del aventurero, frío, humorístico y dramático. La segunda parte, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, acentúa el carácter introspectivo. Pío Cid es Angel Ganivet. La novela es biografía. Aquí se desenvuelven sus mejores dotes literarias y es donde la melancolía incurable del hombre y sus íntimas congojas se muestran, analizadas con extraordinaria finura. Creo, que la escena de la alcoba entre Pío y Martina constituye una de las mejores páginas de nuestra novela. En ella aparece un sentimiento que no abunda en la obra de Ganivet: La ternura. Un en-

Una época necesita hombres para empezar, otra para sostenerse, y la nuestra los necesita para ambas cosas; sin embargo, nada teme más la educación que ese hombrear del muchacho que le lleva antes bien a degenerarle si es posible. Niños y escuelas no pasan de ser sacristías de aquellos templos levantados por los romanos al pavor y a la palidez. En general, como si hubiese hoy en el mundo exceso de valor, imponen los maestros miedo con castigos y otros actos; sólo con palabras recomiendan el valor; ninguna iniciativa se recompensa, la omisión únicamente. En el orden de batalla, colocaba Néstor a los cobardes en el centro, como sucede en nuestros estados; en las clases altas y bajas existe más valor externo del que por lo común tienen el sabio y el pedagogo; así éste induce a los muchachos a ser como los iroqueses, que hacían dioses a las liebres, y erigirse por tanto en tal divinidad. Prescindían los antiguos del amor al prójimo ante la fuerza; nosotros olvidamos ésta por aquél. Ciertamente puede disculparse el magisterio degenerador con el sofisma de que el valor en la niñez, careciendo del contrapeso de la discreción, llega a ser soberbia, que le pone frente al maestro y a la felicidad misma. Pero pensemos que los años aumentan la luz, no la fuerza, y que más fácilmente se provee de guía un peregrino de la vida que de piernas y alas no susceptibles de reposición, como se restaura una estatua.

Juan Pablo Richter

(Frag. VI, Cap. I. de LEVANA, libro medular; léanlo, mediténlo, educadores.)

volvente lirismo, de gracia femenina y de tristeza.—Cita de Antonio Espina.

Al margen del telégrafo

D. Ramón del Valle Inclán fué puesto en libertad. La había perdido por un escaso día, debido a un discurso que pronunció en un banquete y al que dió el tono jocoso y cortante que suele tener su palabra en las tertulias del café. Mal enemigo es este D. Ramón del Valle Inclán. Si toma de objeto para su sátira a alguien—esta vez lo ha sido el Directorio—, no le dará paz. En la calle, en el vestíbulo del teatro, en la redacción del periódico, hilvanará sus frases terribles, sutiles, llenas de gracia y llenas de esa comicidad regocijante con que se complace en herir a los que no le son simpáticos y que se manifiesta a veces en las páginas de sus novelas mejores con un acento de burla heroica. Desde que se cambió el régimen en España, Valle Inclán perora con rica y recia verba en todos los círculos donde su voz es escuchada con el respeto y la admiración que corresponden a quien hizo tantas y tan bellas obras. Desde los tiempos lejanos de las batallas literarias, cuando su vasta barba, tendida sobre la tabla enjuta del pecho, no mostraba todavía frecuentes hebras de plata, y descendían hacia sus hombros las crenchas lacias de su melena, constituía el libre escritor uno de los grandes espectáculos de Madrid. Alto, escueto, con su manquez cervantina, ardientes los ojos detrás de los redondos quevedos, amojamado el rostro, aparecía ante sus amigos, ávidos siempre de oírle, como una figura fantástica, con el discurso admonitivo y paradójico a flor de labios. El creador de D. Juan Manuel de Montenegro, que es el símbolo de su propia personalidad, ha pasado así, años y años, hablando prodigiosamente. Y no sería quien es si a esta aptitud de conversador insigne, ameno, elegante e implacable, no agregara el prestigio de un maestro. Débele la literatura española libros tan exquisitos como las *Sonatas*, y libros tan definitivos, de humanidad tan calurosa y vivaz, como *La Corte Isabelina* y *El tirano Banderas*. Por esto siendo tan peligrosa su peroración, lo es asimismo su encierro entre las cuatro paredes de la cárcel. Significa demasiado, se le admira demasiado allí donde se sabe leer y comprender un capítulo suyo, para tenerlo prisionero. Y he lo aquí, pues, en libertad, ya que su espíritu es inaprisionable, devuelto a su airada actividad de comentarista de los sucesos públicos, altivo y locuaz, con esa elocuencia desdeñosa y sabia, que denuncia, aun en la improvisación, al artista maravilloso del idioma. Nuevamente, en el café y en la calle de Alcalá, los madrileños contemplarán su escuálida imagen de santo o de alquimista y oirán, inquietos y alborozados, su disertación, acompañada por el índice perentorio como una amenaza.

(La Nación, Buenos Aires.)

Índice de Libros

Nos complace acusar recibo de la revista bibliográfica *Índice de Libros*, cuyo último número contiene referencia de 602 obras publicadas en español recientemente y agrupa así por materias: Obras generales, 40; Filosofía, 19; Religión, 23; Sociología, 122; Filología, 7; Ciencias, 102; Bellas Artes, 21; Literatura, 206; Historia, 62.

Además de dar cuenta de los libros nuevos en seguida de aparecer, publica un extracto breve y claro de ellos. Así, con el *Índice* a la vista, puede conocerse al día, sin salir de casa, la producción editorial española.

La administración de *Índice de Libros* (Prado, 14. Madrid), envía gratis un ejemplar de muestra a quien desee conocer esta útil publicación.



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

Suplemento al Repertorio Americano

Vicente Cochocho

= De Las Memorias de Mamá Blanca. París. 1929 =
y 3.—Veáanse las entregas 1 y 2 del tomo en curso.

...Las bondades y favores de Vicente Cochocho, como toda cosa que se da espontánea y abundante, como las frutas silvestres, como los dorados mangos en el mes de agosto, no tenían valor ninguno en Piedra Azul. Su abnegación despertaba con frecuencia el mal humor, y sus mayores beneficios se recibían al igual de esas cosas que siendo útiles son importunas, como se reciben, digamos, los aguaceros bienhechores y molestos.

Existía en Piedra Azul una ley impuesta por la costumbre, ley discreta, digna de la sabiduría severa de un Licurgo. Cuando un peón o cualquiera de sus allegados moría no había ni que preguntarlo. Papá hacía todos los gastos relativos al entierro salvo uno, el del ataúd, del cual espontáneamente se encargaba Vicente. Quiero decir con esto que los dos médicos afrontaban, cada uno a su modo, el gasto que ocasionara la muerte de sus enfermos. Al tener noticias de una defunción, Vicente, madrugando si era menester, se iba a la casa, o por mejor decir, al rancho mortuario, daba el pésame en términos muy corteses como de costumbre, para terminar diciendo:

—Y por la «urna», ya lo saben, no se angustien, yo se la traigo a la nohecita.

Aquel día renunciaba a todo jornal. Comenzaba por pasar la mañana entera de arriba a abajo, en las pulperías, en las casas de los medianeros y en los ranchos de los peones, preguntando en todas partes «que si por casualidad» no tendrían unas tablas o unos cajoncitos viejos que le regalaran. En honor de la verdad, dada tales circunstancias, todos lo recibían con buenos modos; todos derrochaban generosidad. A eso de las doce, recogido el material, se instalaba en un rincón del trapiche con un serrucho, un martillo, unos clavos y, pin-pun, pin-pun, añadiendo por aquí, encajando por allá, claveteaba con ardor. Bajo el ardor un ataúd, aunque informe, iba engordando y creciendo. Terminado el trabajo relativo al carpintero, se iba a la casa, preguntaba por Mamá y con el encogimiento natural de todo el que pide algo, luego de ¡psst!, escupir por el colmillo en señal de homenaje, también decía: Que «si por casualidad» no tendría Misia Carmen María unos trapitos negros que ya no le sirvieran. La «casualidad» no dejaba nunca de tener lugar. Armado así, con los trapitos negros se volvía a su rincón del trapiche, los cortaba con inteligencia y con economía, los untaba con engrudo y los iba colocando habilitados hasta que el gran cajón remendado, de tablas viejas, rotulado aquí y allá con: «frágil»; «Hacienda Piedra Az...» o «La Guay...», según los cortes y los añadidos, quedaba convertido en un ataúd negro lleno de depresiones y de jorobas conmovedoras, es cierto, pero de un conjunto tan lúgubre y tan feo como el de los más lujosos ataúdes negros. Nunca se olvidaba de pegar sobre la tapa dos tiras blancas que formaran cruz. Rematada así su obra, a altas horas de la noche se la cargaba al hombro y anda que andarás cerro arriba llegaba al rancho mortuario, se detenía en la puerta y:

—¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!—anunciaba su presencia a grito herido.

De adentro le contestaban, naturalmente, «que qué gritos eran esos; que si no sabía demasiado que había un difunto en la sala; que a los difuntos se les debía más respeto; que tuviera tino al colocar la urna; que no la fuera a poner en el medio, sino en un rincón donde no estorbara el paso; y que puesto que allí estaba, que se sentara y que se tomara su «pocillo» de café y hasta, si quería, un vaso de aguardiente». Hechas estas observaciones seguían hablando desahogadamente.

...«Cochocho el de Piedra Azul», ¡asómbrense ustedes!, era nombre que se pronunciaba en muchas partes con respeto

y temor. Para ello eran menester dos circunstancias, eso sí: primero, que estallara una revolución; segundo, que un general revolucionario solicitara sus servicios. Si Vicente mandaba a contestar lacónicamente: «Estoy a la orden», ya podían prepararse Papá y el Gobierno; el uno, a tener un terrible disgusto; el otro, a recibir sinsabores y derrotas sin cuento.

Al segundo día de haber enviado su respuesta: «Estoy a la orden», con gran indignación de Papá, a quien el caso tomaba siempre desprevenido, Vicente había desaparecido misteriosamente y junto con él ocho, diez o quince peones, según las circunstancias. A estas bajas ocasionadas por su vocación militar, Papá sumaba con los dedos las ocasionadas por su vocación médica. Como en su indignación las dos manos no le dieran a basto, cortaba la enumeración y resumía la hecatombe:

—¡Es peor, mucho peor que el tifus, la disentería, y la fiebre amarilla juntos! ¡Es una verdadera peste, es un azote, es la langosta! ¡Aquí no volverá nunca a ponerme los pies!

A poco llegaban la noticias y comentarios:

—Allá, en el pico tal, o en el desfiladero cual, y que está Vicente, emboscado como un mismo león: ¡acabando con las fuerzas del Gobierno!, no les deja pasar ni una mosca.

Según parece, sobre estos particulares de estrategia Vicente Cochocho era sencillamente genial. Recibidas las órdenes del general X o Z a quien servía, Vicente reunía veinte, treinta, o cuarenta hombres, los que fuese menester, se ponía a la cabeza de todos: ¡y a caminar se ha dicho! Si como a Napoleón y a Bolívar, la estatura no le ayudaba en tales casos, tampoco a él le hacía falta tal ayuda. ¡Otras condiciones le daban tamaño!

Al frente de su tropa, con su plan ya trazado, allá iba Vicente, orientándose por entre cerros, llanos y bosques en línea recta, con la seguridad admirable de las palomas mensajeras. De pronto ante un panorama determinado se detenía, estudiaba con la vista el océano de montes y colinas, extendía su brazo corto, trémulo de genio, señalaba con el dedo un punto fijo, y decía:

—¡Allá es la cosa!

Allá se iba a emboscar con sus treinta hombres, y ¡ay! del que pasara con intenciones guerreras. Sorpresas, estratagemas, embestidas sin cuento llovían inesperadas y fatales sobre los enemigos, por mejor disciplinados, mejor armados, y más numerosos que fueran.

Terminada la revolución, cubierto de laureles con sus treinta hombres ilesos, Vicente bajaba de su olimpo y regresaba a Piedra Azul.

Papá se hacía el desentendido.

Al siguiente día ya estaba otra vez con el barro hasta la rodilla limpiando la acequia grande, o en el patio de la casa deshierbando las lajas en cuclillas, con el mismo cuchillo de siempre.

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen	₡ 1062.60
Maestros de Santa Cruz (Guanacaste)	10.00
	₡ 1072.60

Santa Cruz, 11 de Julio de 1929.

Estimado don Joaquín:

Van hoy diez colones en giro postal, como contribución para la casa de doña María Teresa v. de Dengo. Ese dinero fué donado por algunas maestras en la forma que sigue:

Clorinda de Morales	₡ 2.00
Belarmina Acuña	5.00
Ernestina Acuña	50
María Luisa de Noguera	2.50
Total	₡ 10.00

Sin más saluda a usted atentamente,

María L. de Noguera

En el perdón de papá entraría un tercio de generosidad y dos tercios, cuando menos, de espíritu práctico. Por más que Papá contara y recontara con sus dedos calamidades y muertes, Vicente le proporcionaba muchas más ventajas que inconvenientes. Enterado a cualquier hora de cualquier movimiento revolucionario como nunca soñara estarlo de nada el más astuto repórter, Vicente anteponía su influencia delante del peligro, y era la salvaguardia viva de Piedra Azul.

Si estallaba una revolución, pongo por caso, y Vicente se hallaba en la hacienda, por no haber asumido aún el importante papel que le correspondiera, de pronto, se presentaba en la casa, preguntaba por Papá, se le acercaba con misterio y guiñando un ojo, confianza que sólo se permitía en tales circunstancias, le decía en voz baja:

—Vengo a advertirlo, Don Juan Manuel: mañana al mediodía pasa la revolución por el cerro. Ya me dieron palabra de que no bajarían a perjudicarle la hacienda, pero por sí, o por no, mejor será que mande a esconder el ganado.

Papá hacía esconder el ganado.

Al siguiente día, allá, en lontananza, como procesión de hormigas, brillando machetes y rebrillando fusiles, en lo alto de la montaña, bajo el magnífico sol meridiano, pasaba durante un rato la revolución.

Un día, por una de esas cosas incomprensibles o medio milagrosas, Papá tuvo noticias anticipadas de que Vicente iba a alzarse. Era la víspera precisa del alzamiento. Lo mismo que en aquella otra tarde, la del célebre juicio por el fracaso medicinal de la sangre de lapa, asomado a su pretil, Papá convocó a Vicente. También nosotras como aquel día, unidas en racimo junto a una columna, fuimos testigos del acto.

Repitiéndose la escena, en la ancha explanada apareció Cochocho, todo fealdad, todo cortesía, y tal cual, con su sombrero de cogollo en la mano, se acercó y se detuvo bajo el pretil. Pero Papá, en lugar de echar hacia atrás la cabeza desbordando arrogancia e irradiando majestad, no, al diablo la majestad y nada de arrogancia; al contrario, con esa voz grave y tierna que, usamos con las personas, cuando para su bien queremos disuadirlas de algo que en realidad nos perjudica a nosotros, Papá, en voz muy tierna, comenzó a derrochar sobre Vicente una elocuencia bondadosa llena de paternales y suavísimos consejos. El discurso, que duró un buen rato, terminaba en esta forma:

—Expones tu vida, Vicente; arruinas tu salud para servir la ambición y los intereses de otros. ¿Y qué sacas tú? ¿Qué provecho? ¿Qué dinero? ¿Qué porvenir? ¡Ninguno!

Vicente, con la cabeza baja y el sombrero dando vueltas y revueltas y más vueltas en la mano, no contestaba una sílaba, pero su silencio equivalía a esto: «Lo felicito por su elocuencia, mi señor patriarca, y le agradezco su interés, pero así con su magnífica elocuencia y su gran interés a cuestas, me alzaré de todos modos mañana en la madrugada, porque ya está resuelto.»

Como Papá comprendió muy bien el significado de tal silencio, cambió de táctica. Ofreció formalmente a Vicente que si renunciaba enseguida a toda idea de alzamiento, le doblaría el jornal, y le mandaría hacer un rancho en lugar apropiado, en donde pudiera al mismo tiempo disfrutar de un conuco.

La repuesta de Vicente, de haber sido más corta, hubiera sido digna de un espartano, digna de Guzmán el Bueno, digna, en fin, de figurar en la historia. Dijo:

—Yo le he dado mi palabra al General... (aquí un nombre muy conocido que no recuerdo.) Fué él quien desde hace muchos años me graduó de capitán. Nunca me he puesto un par de zapatos, pero desagradecido no soy, y a un protector no le volteo la espalda ni que me regalara todo Piedra Azul, Don Juan Manuel. La palabra de Vicente Aguilar no es cuestión de ranchos ni de conucos, ésa, ¡ni se compra, ni se vende!

¿Qué tal?

Bajo tan magnífica respuesta, Don Juan Manuel se quedó aplastado lo mismo que un insecto debajo de un peñón. Derrotado, echó mano al recurso de los derrotados: el sarcasmo. Aquí fué el echar la cabeza hacia atrás, y el exclamar a grandes voces con una sonrisa forzada y fingida:

—¡Anjajajá! ¡Pero si es verdad! ¡Pero si no me acordaba! ¡Si aquí estoy en presencia del ilustre capitán Don Vicente Aguilar! ¡Muy señor mío! ¡Váyase, váyase a la guerra mi

señor capitán, que de allá regresará sin duda a ocupar el sillón presidencial de la República!

¡Ay, el horrible oprobio de aquellas palabras: «Mi señor capitán Don Vicente Aguilar», mucho más duras, mucho más crueles que los más crueles insultos! «Aguilar» era lo peor de todo. Aguilar en boca de Papá, resultaba espantoso, ustedes no lo comprenderán, tampoco él lo comprendió. A los grandes, no les es dado entrar en el mundo de los pequeños; ciegos ante lo muy menudo, son duros por ceguera y crueles por exceso de tamaño. Nosotras pequeñas comprendimos todo el dolor producido por aquel insulto que sólo era insulto, por no ser insulto, sino sencillo y verdadero apellido como el de todo mundo. Apiñadas junto a la columna, ante aquel «Aguilar» aderezado de sonrisas y oído por vez primera en nuestra vida, estuvimos a punto de romper a llorar todas en coro, como el día en que Mamá castigó a Violeta. ¡Había que ver, además, la expresión del «ilustre capitán muy señor mío»! Apaleado por su propio apellido como perro apaleado por su amo, sin levantar la voz, levantó sus ojos desamparados, aquellos ojos de hermosura inadvertida que eran como el puente por el cual se pasaba de la fealdad de su cuerpo a la belleza de su alma. Buscando simpatía, los ojos de perro dolorido, vinieron a apoyarse en los nuestros. Allí la encontraron: ¡y cómo, y cuánta! Con la cabeza baja, sin mirar hacia Papá ni contestar a su sarcasmo, se despidió de él, diciendo:

—Siempre a su orden, Don Juan Manuel.

A nosotras nos miró largo, intensamente:

—Y adiós, mis niñas. Que Dios me las guarde, que la Virgen me las conserve a todas, ¡hasta más ver!

Y se fué. «Hasta más ver» no se cumplió. Ya no volvimos a verle más. Pero aquella última mirada buena de perro apaleado sin razón debía acompañarnos siempre. A mí me ha seguido a través de mi vida entera, aún está aquí, aún me acompaña, aún me adoctrina, y me enseña.

¡Ah, lejano, ignorado Cochocho, piojo sublime, médico de los pobres, humilde dios del barro, genio de los ataúdes y de las aguas! Muchas miradas como aquella última tuya debió presentir con sus ojos visionarios el Divino Maestro, la tarde en que seguido por sus discípulos subió a la falda de una montaña, y allí, sentado sobre la hierba, les dictó su testamento. En él escribió tu nombre oscuro, Vicente Cochocho, porque tú fuiste manso; tú fuiste limpio de corazón; tú fuiste misericordioso; tú padeciste persecuciones por la justicia. Heredero de la gloria, tú imperas hoy sobre las ocho Bienaventuranzas, tuyo y muy tuyo es todo el Reino de los Cielos.

TERESA DE LA PARRA

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imprenta, Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica